

LOS TOROS DE NAVARRA

Navarra ha sido desde muy antiguo tierra de toros bravos, y más de un escritor considera a Navarra como la cuna de los toros de lidia españoles.

Si nos remontamos a la edad antigua, el culto al toro «totem», antecedente del espectáculo nacional, ha dejado en nuestra tierra repetidos recuerdos gráficos. En la lápida romana llamada «de la hija de Viriato» que se conserva en la ermita de San Sebastián, en Gastián, aparece la silueta de un toro. Y cabezas taurinas pueden verse en un ara, también romana, que se encuentra en la iglesia de Ujué, y en otra del museo de Javier, así como en diversas lápidas de Sos del Rey Católico, pueblo lindante con Navarra.

«Esta profusión de documentos gráficos —escribe Uranga— demuestra una intensidad en el culto totémico al toro».

Una de las ediciones del Fuero de Sobrarbe, dado a Tudela por Alfonso el Batallador, alude a la costumbre de correr por las calles vacas, bueyes y toros ensogados «con ocasión de bodas, de esposamiento o de nuevo misacantano». (1)

En las tierras de la Ribera, debido a la *fiereza* de los pastos salobres, ha habido muchas ganaderías bravas, cuya fama ha llegado hasta nuestros días.

Consta ya la existencia de toros bravos en las tierras del Ebro a finales del siglo XIV. La primera corrida de toros sueltos de que se halla noticia en Navarra (cajón 49, n.º 62 del Archivo de Comptos Reales) es la que celebró Carlos II en agosto de 1385 en Pamplona. Según el referido documento, mandó el rey pagar 50 libras a dos hombres de Aragón «uno cristiano, et el otro moro, que Nos habernos

El artículo 293 del Fuero de Sobrarbe dado a Tudela dice que si conduciendo por el pueblo al matadero alguna vaca, buey, toro o cualquiera otra bestia, hiciere daño, la pierda su dueño, «pero si el traimiento fuese por razon de bodas, de esposamiento o de nuevo misacantano, si daino a alguno fuere ssido, non es ailli pena ni periglo alguno, si doncas el tenedor o tenedores de la cuerda, maliciosament non ficieren flox o soltura de aqueilla por facer daino o escarnio».

(Yanguas y Miranda. «Diccionario de **Antigüedades del Reino de Navarra**»; tomo 3.º; pág. 375. Pamplona, 1840).

fecho venir de Zaragoza por matar dos toros en nuestra presencia, en la nuestra ciudat de Pomplona».

No dice el documento si los toros eran navarros, pero que lo serían parece deducirse de otros datos de la misma época. En efecto: tres años más tarde, cuando en 1388 la Duquesa de Lancaster, prima de nuestro rey Carlos III, pasó por Pamplona, camino de Castilla, se celebró su paso con la corrida y muerte de dos toros. Pagáronse por ellos 20 florines al Alcalde y Jurados de Tudela «por dos toros que—decía el rey—eillos nos enviaron para correr et matar al venablo, quoando nuestra muy cara cosina la Duquesa de Lencastre pasó por Pomplona a Castilla» (Arch. de Navarra, cajón 57, números 1 y 85).

También a su paso por Tudela, el Alcalde y Jurados de esta Ciudad obsequiaron a la Duquesa con una corrida de dos toros que fueron muertos a venablo. (Sáinz. «Apuntes Tudelanos»).

En el mismo año 1388 decía el rey a Guillermo de Agreda, recibidor de la Ribera, lo siguiente:

«Guillén de Agreda. Nuestro muit caro et muy amado cormano, el duq de Borbón, será con Nos dentro seis días; et por facerli fiesta Nos mandamos a Joan de Gris que nos envíe dos toros buenos. Si (también) vos mandamos, bien a ciertas, que luego vistas las presentes, día et noch, imbiedes por los mata-toros; et facer en todas guisas, que viengan luego a Pomplona» (cajón 57, núm. 27).

Ignacio Baleztena me ha facilitado un dato, inédito hasta ahora, y procedente asimismo del archivo de la Cámara de Comptos de Navarra, del que resulta que el Juan Gris, citado anteriormente, era propietario de reses bravas. Dice así un recibo (obrante en el cajón 80, doc núm. 4) que copio textual, por tratarse del primer dueño de toros de lidia conocido en España:

«Seppan todos cue yo John de Gris, vecino de Tudela, reconozco auer ovido e recebido de vos Ximeno de Miraglo (Milagro), recibidor de la Ribera, por un toiro que por vos fue comprado de mi en este presante mes, el cucal el Seynnor Rey fezo matar en su presencia en Pomplona a venablo a la solerrnidat de la boda de John de Echauz con Johana Diaz de Villiegas su muller, es a saber, la suma de 10 florines de Aragon que vallen a 26 sueldos, 8 dineros prietos, 13 libras, 6 sueldos 8 dineros gros, en dos sueldos de los quoaes me tengo por bien pagado, y por testimonio de verdat, damos esta recenta en la qual he puesto mi nombre con mi propia mano el postrero dia de Marzo, anno de 1401».

De cómo eran los toros navarros en el siglo XIV tenemos pruebas abundantes en las esculturas existentes en las dependencias de la Catedral pamplonesa.

En el antiguo refectorio (hoy capilla de San Francisco Javier) y en la ménsula de arranque de uno de los arcos de su bóveda, se ve a un

hombre barbudo sujetando por los cuernos a un toro, cuya oreja izquierda es mordida por un perro. En la misma estancia y en el capitel de una de sus ventanas aparece esculpida una escena semejante.



Ambas obras son de principios del siglo XIV y, según Uranga, anteriores a 1330, fecha en que fueron ejecutadas las pinturas del ábside.

De fecha posterior, pero del mismo siglo, son las deliciosas esculturas que decoran los capiteles del claustro catedralicio.

En una de ellas se ve a un hombre, vestido con un sayo, de cuyo cinturón pende una espada, clavando una gran lanza en el cuello de un toro que aparece representado en actitud de embestir, con la cerviz humillada.

A su lado se representa otro toro al que un hombre sujeta por los cuernos, mientras un perro hace presa con sus dientes en la oreja del animal.

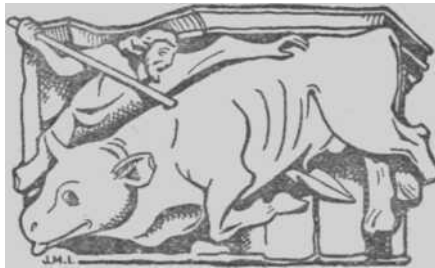
Otro de los capiteles lleva esculpida una gran cabeza de toro y dos perros mordeándolo las orejas.

Pero las más interesantes son las esculturas que llenan uno de los grandes capiteles corridos. En uno de sus grupos se ve un toro acosado por dos perros que hacen presa en sus orejas. A la izquierda del toro, un hombre, vestido con un sayo largo, sujeta con su mano derecha el coilar de uno de los canes, mientras su mano izquierda, armada de un puñal, se alza sobre el testuz del toro en actitud de apuntillarlo. A la derecha, otro hombre agarra con una mano la cola del toro y con la otra, una de sus patas.



Esta escena, que ha sido publicada por Cossío en su célebre obra, demuestra —según éste— la gran antigüedad del empleo de perros para sujetar toros.

En el mismo capitel aparece un hombre coleando a un toro, y en la parte que mira al jardín puede verse un gran toro agonizante (con las patas dobladas, el morro en tierra y la lengua fuera) atravesado por una espada, cuyo extremo le asoma por el bajo vientre.



Pero sigamos viendo documentos: El 13 de septiembre de 1403 se pagó 13 florines a Juan de Ablitas por un toro que vendió al Rey, y que fué corrido en Pamplona. El traslado de este toro a Pamplona costó seis días y 101 sueldos, abonados a Ihoan Trapero y Pedro Conciera, encargados de su conducción.

Consta asimismo que en el año 1416, y para celebrar la boda del bastardo de Carlos el Noble, don Godofre, se comisionó a Juan Viilagarcía para que llevase ? Pamplona foros de Zaragoza. (2)

Un siglo más tarde y en un acta del Concejo de Tafalla de 1501 aparece el nombre de la primera propietaria de reses bravas, no sólo de Navarra, sino de España. En aquella época debía de ser tanta la

(2) En las corridas de esta época los toros eran muertos a garrotazos y cuchilladas por el pueblo.

D.^a Mercedes Gaibrois de Ballesteros publicó, acerca de esto, una curiosa nota en el «Correo Erudito» (año IV, entregas 31-32) que dice así:

«En las fiestas que dispuso Carlos el Noble con motivo de armar caballero a su bastardo don Godofre de Navarra, el año 1412, figuró, naturalmente, una corrida de toros en la que no llegaron a actuar los «matadores». Las cuentas reales de aquel año dicen que se pagaron 20 florines «por la compra de dos thoros que fueron corridos en Pomplona en la fiesta et solemnitat de la dita cavallería (de mosen Godofre) los quoaalles thoros prontament fueron muertos de los colpes que y (allí) hovieron».

Y lo mismo ocurrió ese año cuando se celebró la elección de Rey de Aragón a favor de Fernando de Antequera en el compromiso de Caspe. Entonces también el rey Carlos mandó librar otros 20 florines «por paga de un thoro ...corrido a las alegrías que el dito seynnor hizo por la elevación del Rey don Fernando d'Aragón, el quoyal thoro morió de los colpes que y ovo».

afición y tan difícil encontrar reses bravas con que saciar el gusto de las gentes (al menos en la zona de Tafalla) que a la feliz dueña se la exime de impuestos de por vida. Dice así el acuerdo del Regimiento tafallés, cuya copia debo a la amabilidad de D. José Cabezudo Astráin:

«Puesto que Catalina del Pueyo, tiene un toro bravo que lo dá a la Villa para que la villa haya placeres, fue asentado y ordenado, que la dicha Catalina no sea constreñida a cargas durante su vida, exceto a Letanías y Procesiones».

Que en la zona de Tafalla y Olite no era tan fácil encontrar toros bravos por esta época nos lo demuestra el hecho (que refiere Premín de Iruña en su libro «Iruñerías») de que cuando el 23 de junio de 1493 la entonces villa de Olite fue visitada por el «Ilustre sennor de Labrit, gobernador general de Reyno, y otros muchos caballeros», los jurados de la villa quisieron dar una fiesta taurina en honor de tan altos huéspedes, y viendo que no encontraban por ningún lado toros bravos, acordaron buscar por los establos del pueblo «novillos e bueies, y se aga la festa lo mejor que se pueda» (Archivo de Navarra. «Papeles varios» del Padre Moret, tomo II, folio 224). (3)

A comienzos del siglo XVI había toros bravos en Arguedas y en Cabanillas. En 1517 era ya costumbre en Tudela la de dar dos corridas de toros de soga el día 1.º de agosto, festividad de San Pedro ad Vincula, para celebrar la toma de posesión de los nuevos Jurados. Y en el Archivo Municipal de la Ciudad (libro 43, núm. 16) existe una Orden Real de dicho año, «prohibiendo a Tudela tomase por la fuerza a los de Arguedas los toros que iba a correr». En otro proveído de 1527 (libro 43, núm. 24) dispone la Ciudad que se traigan de Cabanillas los bueyes más bravos que hubiese, para correrlos ensogados en la citada fecha.

Años más tarde, toros seleccionados de nuestra tierra son llevados a América por los conquistadores.

Hacia 1552, siendo Virrey de Méjico D. Luis de Velasco, el licenciado Juan Gutiérrez Altamirano, primo de Hernán Cortés y compañero de

(3) De un curiosísimo libro manuscrito de fines del siglo XIV y principios del XV que se conserva en el archivo de Olite, se deduce que en esta ciudad se corrían toros todos los años «al otro día de San Juan», y que no había acontecimiento granado que no se celebrase con esta clase de fiestas.

Véase como muestra esta nota, correspondiente al día 8 de agosto de 1479: «Por cuanto la señora Princesa de Vinna, madre y tutora del Roy estaba en Zaragoza a verse con el Rey de Castilla para las paces, y quería volver por Tudela y Olite, decretan se basquen dos toros y seis novillos para festejarla y vaya persona a Tudela para traer noticia del recibimiento que allá se hace».

En el mismo manuscrito se habla de las corridas de toros celebradas en Olite el 31 de marzo de 1494 con ocasión del bautizo de la hija de la reina doña Catalina; el 9 de junio de 1500 a la vuelta del Rey de su viaje a Sevilla; el 16 de octubre de 1501 para solemnizar el nacimiento del príncipe D. Andrés Febo, etc.

éste en la conquista de Nueva España, obtuvo como «repartimiento» el pueblo de Calimaya y otros en el valle de Toluca (tierra de toros) con los que formó la hacienda de Atenco. Pues bien; este Juan Gutiérrez Altamirano llevó a dicha hacienda doce parejas de toros y vacas de Navarra, con los que constituyó la base de la ganadería de Atenco que pasa por ser la más antigua del país mejicano entre las de lidia, y cuya fama ha perdurado hasta nuestros días.

En Ateneo —que significa junto al río— se aclimataron y reprodujeron pródigamente las reses navarras llevadas por Altamirano, las cuales, aun habiéndose mezclado con otras criollas de la tierra, conservaron las características de su raza: poca alzada, rizada cabellera y pinta predominantemente castaña.

«Con el injerto de la ardiente sangre navarra —dice «Don Luis»— se asentaron en firme los cimientos de la ganadería brava en México, y así, de Ateneo es de donde salían en la época colonial los toros para las corridas con que se solemnizaban las festividades religiosas, la llegada de los virreyes o cualquier acontecimiento que diese motivo al regocijo popular».

Antonio Fuentes y Rafael el Gallo, que llegaron a lidiar estos toros, le decían a José M.^a de Cossío (y éste lo cuenta en su famosa obra «Los Toros») que «conservaban las mismas características de los toros navarros españoles, y que una corrida de Ateneo se parecía a una de Carriquiri o de Zalduendo como si los toros fueran hermanos».

No fueron éstos los únicos toros navarros que llegaron a Méjico. Consta asimismo que Vasco de Quiroga, el «Tata Vasco» como hoy día le llaman los indios, dedicó preferente atención al fomento de la ganadería en su hacienda de San Nicolás de Parangueo, en el estado de Guanajato, y que en ella, especialmente en Tarasco, se criaban desde muy antiguo toros montaraces y de gran fuerza que por su aislamiento habían adquirido una salvaje fiereza. «Con ellos y otros llevados posteriormente de España —de Navarra y se cree aue también de Valladolid— se creó la ganadería de Parangueo cuya fama ha llegado hasta el presente». (4)

(4) Es probable que fuesen asimismo toros de nuestra tierra los que llevaron los misioneros al Ecuador. Y es muy curiosa la finalidad que aquellos frailes del siglo XVI dieron a los toros bravos importados de España.

«Estos Padres misioneros —escribe el ya citado «Don Luis»— fundaron en las ciudades sus iglesias y conventos, y al lado de éstos, para el sustento de sus moradores, plantaron huertos, que trabajaban ellos mismos, y cuya guarda confiaron a temibles perros; pero los indios no los temían: asaltaban los huertos y se llevaban los frutos de los sembrados. En vista de ello, a los monjes se les ocurrió reemplazar a la guardia canina por vacas y toros bravos que importaron de España, cuya figura y bravura eran desconocidos de aquellos indios, para quienes el nuevo peligro resultó invencible. A los efectos consiguientes, los misioneros cercaron los huertos con dob'e tapia, formando un callejón, de forma cuadrilátera, en cuyos ángulos quedaba cortado el paso, a fin de que las reses no se vieran ni se amadrinasen. Una de ellas colocada en cada callejón, pronta a embestir y atacar al menor ruido o movimiento que advirtiese, bastó para la invulnerabilidad del huerto».

Pero dejemos a los toros navarros dando fé de su brava casta en las Américas y volvamos a los que se criaban y lidiaban en nuestro viejo Reino.

Ignacio Baleztana, en su raro y jugosísimo folleto «Los toros en Navarra» refiere que en el año 1550 el Ayuntamiento de Pamplona organizó una corrida para el día de Santiago, y uno de los cornúpetas fué comprado al abad de Unzué. Caso extraño, ya que, por regla general, los toros se traían de la Ribera.

Cinco años después, y el mismo día de Santiago, se corrieron en Pamplona tres toros comprados en la villa de Cortes.

Y cuando en 1592 la taciturna, anciana y gotosa magestad de Felipe II pasó por Navarra, camino de las Cortes de Zaragoza, el Ayuntamiento pamplonés organizó en honor del regio huésped una corrida con nada menos que 24 toros; y salvo uno, «osco, negro, muy bueno» que se adquirió en Puente la Reina, los restantes fueron comprados en Buñuel, Corella y Cortes a diferentes particulares.

Por su parte la ciudad de Estella, y con el mismo fin, compró 18 toros en Cortes y Aragón.

Por este tiempo, la Ciudad de Pamplona tenía ganado bravo de su propiedad pastando en los sotos de Cortes.

En el archivo provincial se conserva un escrito de agravios que dirigió en el año 1594 Felipe Francés, arrendador de las carnicerías de Tudela y vecino de la misma ciudad, quejándose del mal trato que los mozos de Tudela habían dado a los toros contratados por él para las corridas de Santa Ana y San Marcial. En su escrito dice que para tres corridas «compró veintidós toros, los mejores cue allá en toda la canal del Ebro y Aragón, donde suele aver las mejores corridas que ay en este Rsyno, como es público».

(Archivo provincial, Sección «Procesos», t. 33, fajo 1.º, n.º 34 del escribano D. Martín de Oteiza).

Y pasemos al siglo XVII. Durante esta centuria era tan fuerte la afición de los pamploneses por las corridas que celebraban en las fiestas de San Fermín, que los Virreyes de Navarra establecieron en favor de la capital la requisita de toros bravos.

Y así, en el año 1601 el Virrey da órdenes a los pueblos de la Ribera para que reserven a la Ciudad de Pamplona los toros que ésta juzgue necesarios para sus corridas de San Fermín, «aun cuando los tengan ya cedidos» Y, no contento con esto, les ordena:

«Procuren sean los toros igualmente tan feroces, de mucho cuerno y bastante edad, que su valor desempeñe esta corrida y facilite la satisfacción y contento».

Corro se ve, el Virrey impone el toro de cinco años en adelante.

Por los de 1600 a 1610 el Ayuntamiento de Pamplona seguía teniendo ganado de su propiedad, que pastaba, no en los sotos de Cortes, como a fines del siglo anterior, sino en los de Arguedas. (5)

En 1613 hubo en fiestas de Pamplona una corrida de toros ribereños y otra de toros zamoranos.

Pero ya en los finales del primer tercio de la centuria aparecen en la canal del Ebro vacadas importantes por el número de reses de que disponen. Si hasta esta época los documentos existentes sólo permiten hablar de propietarios de reses bravas, ahora ya puede hablarse de ganaderos, poseedores de vacadas más o menos copiosas, en las que habrá que buscar el origen de las ganaderías propiamente tales del siglo siguiente.

En el año 1632 y para la corrida que la Ciudad de Pamplona dió en honor y bienvenida del Virrey de Navarra D. Luis Bravo de Acuña el día 1.º de abril, se trajeron 10 toros de D. Juan de Murgutio, vecino de Tudela.

Y en las fiestas de San Fermín del mismo año se corrieron 12 toros de D. Luis Ballés, vecino y Regidor perpetuo de la villa de Alfaro; toros que pastaban en la alta Bardena y que tenían por hierro una cuña. (En el año 1644 la ganadería pasó a los hijos, de D. Luis, llamados D. García y D. Luis).

En el año 1633 aparece la ganadería de don Agustín Ximénez, de Corella. Y de ésta, y de la que D. Diego de Allo y Ballés tenía en Arguedas, se corrieron toros desde el año 1648 hasta el año 1670 casi todos los Sanfermines

Ello no quiere decir que en las fiestas pamplonesas se lidiase con exclusividad toros navarros. En 1641 los comisionados de la Ciudad (a saber: el regidor nombrado para hacer de Alférez o abanderado en la procesión de San Fermín, acompañado del trompeta mayor y del nuncio o pregonero) fueron «a la Ribera y tierras de Castilla» a comprar toros. En 1653 marcharon «a la Canal del Ebro y Reino de Castilla»; y en 1665 compraron toros en Calahorra.

En 1669, Pedro de Sártolo, mercader, vecino de Tudela, cobró como

(5) En el archivo municipal de Pamplona existe un documento del año 1612, donde aparecen los nombres de cinco propietarios de reses bravas de Arguedas.

Dice así la nota de Baleztana:

«Bernardo de Eguiarreta, rexidor, y Martín de Beruete, criado del Ayuntamiento, fueron a Fustiñana, Arguedas, etc., por 11 toros y un buey. Se trajeron toros de:

Antonio Navarro, vecino de Arguedas; Un toro a 19 ducados y 25 reales.

García Angosto, vecino de Arguedas; Un toro a 19 ducados y 25 reales.

Martín de Navascues, vecino de Arguedas; Un toro a 18 ducados.

Pedro de Navascues, vecino de Arguedas; Un toro a 17 ducados.

Juan de Soria, vecino de Arguedas; Un toro a 19 ducados.

Viuda de Antonio Ecay, de Tudela; Seis toros a 138 (a 23 ducados por toro).

El buey que se trajo para correr era de Berbinzana, costó 4 ducados y 25 reales».

procurador de D.^a... de Gorraíz Pérez de Beraiz, mujer de D. Gaspar Vicente de Montesa, residente en Madrid, 4.200 reales por 14 toros tudelanos para la corrida de San Fermín.

A partir del año 1675 comenzaron a traerse toros de Salamanca, Tordesillas y Rioseco.

Las ganaderías forasteras se adueñaron del coso pamplonés hasta que en 1690 aparecen los toros navarros del Marqués de Santacara (6), los cuales continuaron lidiándose hasta 1.700. (7)

Que a finales del siglo XVII había en la Ribera varias vacadas importantes de ganado bravo, lo demuestra esto dato: cuando en 1691 se inauguró como coso taurino la actual Plaza de los Fueros de Tudela, la Ciudad desistió de que la ganadería del Abasto público facilitara, como hasta entonces, los toros, y encomendó a una Comisión de Regidores «que eligieran los mejores toros de las mejores ganaderías de cuatro leguas al contorno».

Los escritores del diecisiete no nos facilitan detalles acerca de las características de los toros navarros de aquel entonces. Lo único que hacen es ponderar su bravura y fiereza, pero en términos tan poéticos, tan exagerados, que hoy nos hacen sonreír.

Don Jacinto de Aguilar y Prado, escritor granadino y bizarro militar que asistió en 1628 a las fiestas de Pamplona, dice en su «Escrito Histórico», aludiendo a uno de los biches que se corrieron el día 9 de julio, que «su braveza daba que pensar o que tenía remedo de León o de alguna infernal furia».

Más adelante habla de un toro «aunque muy brabo muy amadrigado.

(6) En este año de 1690 se trajeron a Pamplona once toros de la ganadería del Marqués de Santacara para las fiestas del casamiento de S. M. y más tarde, el 14 de junio, se le encargó al Marqués eligiese los trece toros que habían de correrse en las fiestas de San Fermín.

Angel M.^a Pascual añade al anterior este curioso dato: «El 29 de diciembre de 1694 se trataba de traer 14 toros para San Fermín del año siguiente y se proponía traer ocho toros de Navarra y seis de Castilla, pero el Regidor Don Martín de Lete dijo que se trajese los 14 navarros «para que la utilidad de la corrida no salga fuera del Reyno».

(7) Al siguiente año aparece como dueño de esta ganadería el capellán del Marqués, don Juan Escudero y Valero, vecino de Corella y Comisario de la Inquisición, quien, en 1715, la transmitió al ganadero corellano D. Martín de Virto.

De este último pasó a su hija Isabel, y a nombre de ésta se lidiaron diez toros en el año 1739, para festejar el paso por Pamplona de María Luisa de Borbón, viuda de Carlos II.

Doña Isabel casó con el ganadero de Tudela don Antonio de Lecumberri, y hasta 1755 se trajeron a Pamplona toros de «Doña Isabel de Virto, viuda de Lecumberri».

De ésta heredó la ganadería su hijo D. Antonio Lecumberri Virto, que en 1774 la vendió a D. Francisco Xavier de Guendulain, vecino de Tudela, de cuyos herederos habría de adquirirla, a mediados del siglo último, don Nazario Carriquiri.

que se cansaba poco en correr: pero puesto en la plaça se hacía temer tanto, y escarbaba con tanta furia, que parecía hacía sepulturas para enterrar a los hombres que su braveza había de volver yertos cadáveres quando se atreviesen a examinarla». (8)

Y el poeta cascantino D. Pedro Esteban de Alava Rivadeneira, que en el año 1677 imprimió en Madrid un folleto titulado «Festivo regocijo.. que la Ciudad de Cascante ha hecho a la elección de Primer Ministro en el señor D. Juan de Austria», describe la corrida celebrada con tan fausto motivo, y pondera con esta hinchada octava real la ferocidad del primer toro:

Preñada nube de horroroso estrago
parece; pues mirado lo fogoso,
es relámpago horrible cada amago;
trueno cada bramido pavoroso;
rayo la asta que al Tartáreo lago
al que hiere remite furioso;
y contra el que restando le hace injuria
es relámpago, trueno, rayo y furia».

El toro de las márgenes del Ebro queda envuelto y oculto por la»
nubes preñadas, los rayos y relámpagos de la poética y pavorosa
tempestad que apareja en honor a su bravura el paisano de Malón de
Echaide.

En el siglo XVIII los toritos navarros eran considerados los más
bravos da España, y su celebridad traspasó la frontera de los Pirineos.

Un viajero francés, Mr. Louis Francois d'Harcourt, Conde de Sézanne.
que en enero de 1701 acompañó desde Bayona a Madrid al nuevo rey
de España Felipe V, escribe que «la Ciudad de Bayona había hecho
arreglar una plaza, y enviado a Navarra por toros y toreros de a pie, y
organizó una corrida en honor del rey y de los príncipes». Añade el
Conde que «la corrida no gustó».

El jesuíta Padre Larramendi, de Andoain, publicó a mitades de la
misma centuria un precioso y raro librito, titulado «Corografía de Gui-

(8) Este mismo autor cuenta el caso de un toro que revivió cuando ya
lo daban por muerto. Dice así:

«Apenas empezó a anochecer quando salió un Toro, que parecía había sido
huesped de Plutón o traya sobre sí gran parte del Infierno, tanto era el ignífero
aparato, tanto el horrisono estruendo de innumerables cohetes que de sí
arroxaba. Admirable fué el entretenimiento que causó por largo rato. Quedó
tan aturdido el medio quemado animal, que disminuía gran parte de su
braveza cayó al suelo: al instante llegaron los ministros mulares y súbitamente
lo pusieron fuera de la Plaça: y dexándolo ya por muerto (pues de tan violenta
agitación no se podía presumir menos), se levantó con tanta furia que maltrató
alguna gente antes que lo matassen: por cierto cosa que aun mirada parece que
carece de crédito».

púzcoa», donde dice que en la patria de San Ignacio la afición por los toros era brutal: «no sé cuándo se ha pegado a los guipuzcoanos esta manía y bárbaro gusto de toros y moros, común a los demás españoles»... «las fiestas en que no hay corridas de toros, apenas se tienen por fiestas». . «si en el cielo se corrieran toros, los guipuzcoanos todos fueran santos por irlos a ver». Y añade:

«En ocasiones especiales se traen toros de Castilla y Navarra, fieros, y que con su catadura sólo espantan; pero en las fiestas ordinarias se corren toros del país. Los de Castilla y Navarra siempre son toros de muerte; no así los del país, que acabada la corrida los llevan al monte y sus caseríos. Y para los toros de Navarra y Castilla se traen asalariados toreadores de allí mismo y que viven de este oficio tan peligroso».

En la segunda mitad del siglo del rapé y las pelucas nuestra provincia era la principal proveedora de toros para la fiesta nacional. Lo demuestra la Circular que en el año 1768 dirigió el Conde de Aranda a todas las ciudades de España, solicitando datos del número de toros, corridas celebradas y procedencia del ganado, Barcelona contestó por intermedio de su Intendente taurino lo siguiente:

« En el año se mataron 100 toros en 10 corridas traídos de Navarra y en una plaza provisional de madera construida extramuros».

En el mismo año, Navarra, al contestar a la citada encuesta, hace constar que «se corrían toros en las plazas de Pamplona, Tudela, Estella, Tafalla, Puente la Reina y Falces».

A lo que podía haber añadido: «y en las calles y plazas de muchos otros pueblos».

De este tiempo poseemos un dato curiosísimo relativo a Peralta. En Peralta las cuadrillas de mozos gustaban tanto de correr toros ensogados durante el año, que se habían convertido en ganaderos, y mantenían a su costa y clandestinamente las reses objeto de su diversión.

Nos descubre esto la Real Provisión impresa, que en fecha 6 de julio de 1772 publicó el Consejo Real de Navarra, prohibiendo en todo el Reino correr toros o bueyes ensogados, medida que se basa en la prohibición dictada anteriormente por el Consejo de Castilla. Dice así la Real Provisión de nuestro Real Consejo:

«Se prohíbe correr toros o bueyes ensogados por las calles y plazas abiertas, señalándose en particular la Villa de Peralta, donde por cuadrillas de casados y mozos mantienen diferentes toros, los mantienen a su costa, y los sacan los más clásicos días del año, perturbando la devoción, embarazando la concurrencia a los templos, mezclándose en pendencias, por el encuentro de cuadrillas y el mal uso del vino, gastando lo que necesitan para el sustento diario y el de sus familiares, y las fatales desgracias que llevan consigo la bravura y ferocidad de los toros, pues en los cuatro últimos años han ejecutado cinco muertes».

Pocos años después de publicado este Decreto se dará el caso, único en la historia taurina, de que cornúpetas navarros sean lidiados en París.

Hojeando la colección del «Semanario Pintoresco» del año 1842, me encontré con una breve biografía del Conde de Aranda escrita por el ameno y erudito publicista aragonés Vicente de la Fuente.

Dice la Fuente que cuando por los años 1773 a 1787 el baturro Conde de Aranda estaba en París de embajador de Carlos III, asombrando a los franceses con su porte, su tren lujoso y sus fanfarrones alardes de magnificencia, mantuvo una disputa sobre la fiesta de toros española, y de resultas de ella se empañó en celebrar una corrida en París, lo que realizó, gastando fuertes sumas en llevar toros andaluces.

Los toros llegaron tan estropeados que fueron la irrisión de los franceses. «Entonces Aranda hizo llevar toros de Tudela y de Ejea de los Caballeros, con un convoy de yerba de sus sotos, para que no les afectase el cambio de alimentos. En esta segunda prueba fué más afortunado, pues habiéndose presentado un diestro francés, que dicen se llamaba Mr. Laplais, a ejecutar las habilidades que en la corrida anterior, quedó entre las astas del toro. Viendo que ningún francés salía a la plaza, Aranda se tomó la revancha, y después de insultar a los franceses a su sabor, les dijo: «Ahora veréis cómo los matan mis lacayos»; y en efecto, salieron éstos y los estoquearon en regla, porque eran nada menos que una cuadrilla de lidiadores que había traído disfrazados con su librea».

La anécdota es preciosa, y nos dice la Fuente que corría por Aragón, donde él la había oído referir más de una vez como rigurosamente histórica.

Los toros tudelanos que nuestro embajador hizo correr en la capital francesa serían, seguramente, los de D. Francisco-Javier de Guendulain (antes de Lecumberri) que pastaban en Murillo de las Limas y que con divisa pajiza se habían corrido en Madrid por vez primera el día 1.º de julio de 1776.

Según la «Tauromaquia» llamada de Guerrita, esta ganadería de Guendulain «data, según se dice, de unas vacas de leche que pacían en las márgenes del Ebro, en el Estado de Murillo de las Limas, y que se hicieron bravas per la fortaleza de los pastos de aquel sitio. Aquellas vacas pertenecían a un tal Lecumberri, quien se dió traza tan buena, que logró conseguir una ganadería regular, compuesta de unas ochenta vacas de vientre y algunos sementales. Guendulain mejoró considerablemente la ganadería, llegando a poseer setecientas vacas de vientre y un contingente de toros de lidia más que mediano».

Y añade el mismo libro: «Los toros de Guendulain, terror de los lidiadores por su agilidad extremada y su gran propensión a saltar la barrera y a derrotar a gran altura, se jugaron por primera vez en Madrid el 7 de julio de 1794, luciendo divisa verde, y llamando la atención, a más de por la cualidad referida, por su pequeña alzada, largo palo y extremada bravura».

Lo que acabo de transcribir adolece de alguna fantasía y de un error de fecha. De fantasía puede calificarse el cuento de las vacas de leche que se convirtieron en bravas, gracias a la fortaleza, a la fiereza.

de los pastos, cuando es evidente que desde el siglo XVI aparece ganado bravo propiamente tal en la Ribera del Ebro, y que la vacada de Lecumberri data de finales del siglo XVII.

En cuanto a la fecha en que los Guendulain fueron lidiados en Madrid por vez primera con divisa pajiza (no verde) me inclino por la que señala Ortiz de Cañavate (1.º de julio de 1776) porque así consta en los carteles de la plaza madrileña y poiique, según datos de Baleztena, en el año 1775 Guendulain «había remitido a Madrid veinte toros». (9)

Por la época en que el Conde de Aranda llevó toros de Tudela a París y disfrazó con la librea de sus criados a una cuadrilla de toreadores, el renombrado fabulista Félix María Samaniego, en un libro de versos muy procaz que compuso hacia el año 1780 en el Seminario de Vergara de Alava, dice:

«con un fraile jerónimo extremeño,
»más bravio que toro navarreseño».

El toro navarro, rojo, chiquito, peludo y ágil (a los Guendulain les llamaban «toros saltarines») constituía el ideal de la bravura y de la furia para los escritores del siglo de la Enciclopedia.

Por este tiempo se puso en moda dedicar a las fiestas de toros largas ristras de versos y barrocas composiciones literarias, donde, al hablar de los astados, se elogia en términos altisonantes su furia y su braveza.

En el año 1735 el capellán tudelano D. Juan Antonio de Mena publicó un folleto relativo a la fiestas ave hizo Tudela para celebrar el Decreto Real que declaró a su Iglesia Colegial del Real Patronato. Refiriéndose a la corrida que tuvo lugar el 21 de noviembre, dice:

«Se eligieron aquellos (toros) que tienen más calificado su fiero proceder, por sus Padres y Abuelos» (lo que demuestra que ya en esta época los ganaderos ribereños realizaban una cuidadosa selección de sus reses).

Y al describir los novillos que se corrieron al día siguiente, compara sus cuernos con bigotes:

(9) En el año 1775 —dice Baleztena— el Ayuntamiento de Pamplona comisionó a D. Pedro Florencio de Sarasa para que pasase a «la Canal del Ebro» a examinar las diferentes panaderías que pastaban en aquellas dehesas. El comisionado visitó ganaderías en Alfaro, Arnedo, Calahorra y Egea de los Caballeros (donde había tres de ellas). Respecto a las navarras dice que en Villafranca vió más de 40 toros muy lucidos de la ganadería de D. Manuel de Arévalo, 14 de los cuales estaban destinados para una de las corridas de Zaragoza. En Arguedas, D. Gabriel Gómez tenía 10 toros de bastante asta, siendo los restantes de corta edad, y todos ellos flacos. Y en Tudela, D. Francisco Xavier de Guendulain había remitido a Madrid 20 toros, y tenía 12 destinados a la corrida de Tudela. Los restantes eran de corta edad.

«Dióse señal con los Clarines para que las Fieras diesen principio a sus bravezas, y empezaron a salir los que llamaron Novillos, que a ninguno le apuntaba el bozo, pues todos tenían ya aquellos bigotes que tiran hacia arriba, largos, retorcidos, duros; y a cada paso descubrían un par de agudezas. Eran novillos que tenían ya perfecto el uso de su razón: ya se sabe las razanos que gasta un novillo, y en dónde tiene la fuerza de ella».

Más adelante, aludiendo a los toros que se corrieron el último día de las fiestas (23 de noviembre), escribe:

«Los Toros que se reservaron para el fin, parece habían sido para acabar con cuantos se les pusiesen delante. Aquella gala natural de su misma ferocidad estaba en algunos salpicada con una variedad de colores que da mucho bulto a la fiereza... Aquella ferocidad con que sacuden la arena cuando no encuentran con quién lidiar, llenó de terror a los mirones, hasta que poco a poco fueron dando a su cólera mayor impaciencia la burla gustosa de las suertes».

En la «Oración Panegírica» que compuso en 1727 D. Diego Rodríguez de Cisneros, para conmemorar las fiestas que en dicho año celebraron los Estudiantes de los Jesuitas de Pamplona con motivo de la canonización de San Luis Gonzaga y San Estanislao de Kostka, el autor ¡cosa rara! se muestra comedido al hablar de los bichos que lidiaron los estudiantes:

Los novillos y toros prevenidos
concluido el Sarao torearón luego,
con festivos aplausos, que admiraban
la destreza feliz de los toreros.
Los brutos, que miraban de su enojo
burlados los rencores más soberbios,
a la gracia de tanta gentileza
reventando bramidos se rindieron.

Digo que me parece cosa insólita este comedimiento, porque los literatos dieciochescos, en su estilo retorcido e hiperbólico, llegan a comparar a los toros con monstruos del Averno, con furias infernales, con Vulcanos volcánicos que arrojan llamas de furor por ojos, boca y narices.

Cuando en 1738 vino a Pamplona la reina viuda D.^a Mariana de Neoburg, la Ciudad organizó en su honor una corrida que tuvo lugar el 2 de octubre en la plaza del Castillo, con toros de la tierra. El anónimo autor de un folleto que a raíz de estas fiestas se imprimió en Pamplona, nos dice, refiriéndose a los cornúpetas, que «buscáronse por la pinta los más bravos, más sañudos y más a propósito para llenar el Circo de terror y braveza». Y añade esta cita de Ovidio (Metamorfosis):

«De aquellos, que agitados de ardor ciego
» No respirar ambiente, sino fuego».

Según el mismo autor, el primer toro «salió vomitando furias y respirando fuego, abriendo calle entre los Toreros a punta de lanza». Líneas más adelante escribe: «No quiero decir nada de un Toro, que disimulando serlo, era más de lo que parecía, porque era un Vesubio». Después «quiso la suerte que saliese a la Plaza un huracán de furias en forma de Toro, de aquellos que se paran en la puerta del Toril para mirar al Auditorio, haciendo cólera para echar el golpe más sobre seguro, y dándose aire con el abanico de la cola, porque no le piquen las moscas». (10)

Y en un librito publicado, también en Pamplona, en 1772, y dedicado a describir los festejos organizados aquel año por los jóvenes feligreses de la parroquia de San Juan en honor de su egregio Patrón, el autor (duda el Padre Pérez Goyena si es D. José Casado o D. Pablo Mendoza de los Ríos), describiendo el encierro y elogiando la bravura y fiereza de los toros que en él se corrieron, ofrece, como suyos, estos versos:

La de fieras colérica bandada,
nube de mcnjivelos desatada,
prontos en frente y uñas sus aceros,
¡héla, héla, cuál viene echando fieros!
Arden los toros y por boca y ojos
quemán con el vapor de sus enojos;
tanto Vulcano arrojan sus narices,
que puede asar capones y perdices.

Luego he averiguado que estos versos son nada menos que del Padre Isla, quien los publica al describir el encierro preliminar de la corrida que organizaron los estudiantes navarros de la Universidad de Salamanca el día 17 de julio de 1781 (11). El Padre Isla termina así la composición:

(10) En el mismo folleto y al describir la entrada de la reina en Pamplona se dice:

«Cayóle a Su Magestad en gracia entre esta vocería, la inocente intrepidez de una tropa de muchachos, que en lugar de dar vítores, pedían toros a Su Magestad, como pudieran pedir asuelo a sus Maestros. Travesura es esta que en Pamplona se hereda de Padres a hijos, y como moneda corriente ha de hacer el gasto en toda festividad, si no quiere quedar corrida. Desde niños pierden el respeto al toro más maestro, y al mismo Júpiter plantarían una banderilla si le hubieran encontrado en la Rochapea cuando el robo de Europa; ¿qué se ha de hacer? la dicha se llama suerte, y no ¡a tendrían por mala, si la Reina condescendía a las voces con que intrépidamente la decían a Su Magestad:

Señora Reina, diga V. M. que haya toros».

(11) En este folleto, escrito todo él en un estilo retorcido, altisonante y barroco, viene a decir el Padre Isla que los jóvenes de Navarra eran muy diestros en el toreo a pié, al que estaban muy habituados en su tierra; y que aun los jóvenes estudiantes y de familias nobles no se desdeñaban en ejercitarlo, siendo como era entonces un arte propia de gente asalariada y baja, arte servil como el mismo autor dice. Veamos sus palabras:

Cada pecho es un horno
 que todo el aire llena de bochorno,
 y a vista de la muerte, más se aviva,
 cual suele con el agua la cal viva.
 Revuélcanse en el buche ondas de llama,
 y a los gatzates un volcán inflama.

Pero la descripción taurina más graciosa es la que aparece en la «Historia de la ciudad de Tafalla» que publicó en 1766 el R. P. Fray Joaquín de la Santísima Trinidad, el cual, hablando de las fiestas de dicho año, escribe:

«Hubo dos corridas de toros, cuya braveza sólo puede persuadirse con decir que en medio de ser los toreadores tan prácticos y diestros, apenas en ambos días pudieron matar doce de ellos». Y ¡aquí viene la hiperbólica descripción!: «Eran de horrible aspecto y de abultada grandeza y cavidad, y no obstante ser el hueco y vacío de su pecho tan dilatado, indicaba no caber en sí mismos su colérico y cálido resuello. Sus acometimientos, tan precipitados y fieros, que para tan generosos brutos era la plaza estrecho y corto terreno. No cedía su fortaleza a picas ni hierros, y sólo pudo lograrse que domase su soberbia el alentado atrevimiento y mordacidad de perros dogos».

El Padre Fray Joaquín debió de ver las fieras (que quizá no pasasen de escuálidos novillos) con anteojos de aumento. Porque si es indudable que los toros de nuestra tierra eran bravos, coléricos, fogosos, duros para el acero y resistentes a la hora de morir, no es menos cierto que eran pequeños, muy pequeños para su raza. A ellos podía aplicarse lo que el Padre Isla dice en su «Descripción de la Mojiganga» refiriéndose al reino de Navarra, a saber; que «compensaba lo conciso de su

«Los jóvenes navarros... fuera de la cultura literaria, suelen esmaltarse en la destreza de voz y de manos para la música, en la de los pies para la danza, y en otras semejantes, sin exciuir el arte de burlar serenamente los ciegos ímpetus de un toro irritado. Esta habilidad se halla tal vez aun en los jóvenes de distinción por su nobleza, o ya sea por humor juvenil y por el gusto de divertirse y divertir a otros con aplauso en ocasiones oportunas, en que, sin resabio de profesión servil, parezca bien una prueba de valor y destreza, o ya porque todo ejercicio decente que pide corazón, presencia de ánimo, agilidad y presteza es muy del genio de la nación navarra, o ya también por prevención para ciertos encuentros improvisos en que la irracional cólera de un bruto suele precisar aun a los más nobles y puntuosos a indemnizarse con la fuga; y esto de huir, aunque sea por excusar debates con una fiera, no dice bien con el humor de los navarros. A lo menos el arte de torear a pie puede servir en lances en que no hay otro medio de evitar un riesgo; con que tienen la utilidad del saber nadar o las del saber cochar y herrar un caballo, de que se precian muchos nobles, quitando a estas artes lo mecánico con el motivo y modo de ejercitarlas. De este carácter y cultivo eran los jóvenes navarros cursantes en la Universidad de Salamanca que se hallaban en ella al tiempo de las fiestas jesuíticas».

Seguidamente el Padre Isla describe el desarrollo de la corrida en que los estudiantes navarros torearón, banderillearon y dieron muerte a estoque a los bichos que adquirió para ellos la Compañía de Jesús.

extensión y cantidad con lo intenso de sus cualidades, y lo sucinto de sus términos con lo difuso de sus glorias».

Pero dejémonos de literatos y poetas que todo lo exageran, y vayamos a buscar las características del toro navarro en escritores de mayor solvencia.

¿Quién habrá más experimentado en materia de toros que un picador de hace dos siglos, cuando los picadores eran tan importantes en la lidia y tan famosos como los matadores?

Veamos, pues, lo que acerca del toro navarro escribe el sevillano Josef Daza, de Manzanilla, el mejor picador y más experto caballista del segundo tercio del siglo XVIII (la época de Juan Romero y José Cándido). Daza que, a más de como picador, ha pasado a la historia como tratadista taurómico, escribió un enjundioso manuscrito con el título estrafalario de «Precisos manejos y progresos condonados del peculiar más forzoso del arte de la agricultura que es el toreo». En dicho manuscrito afirma que «los toros navarros, aunque son pequeños, en bravura y astucia son demasiado grandes». Y añade: «Los picadores que sin experiencia los ven tan menudos, les llaman *torillos de Navarra*, pero después, con el escarmiento, los llaman Señores Toros».

Se ve que a Daza los toritos navarros de Guendulain le habían propinado terribles tumbos y le habían matado multitud de cabalgaduras. Porque en lo de matar jamelgos se las pintaban solos:

«No es menos digno de notarse —añade don Josef— las raras cualidades de los toritos navarros, no sólo por lo bravos sino por lo advertidos (es decir por lo astutos e inteligentes) armando zancadillas, ardidés y acometidas falsas para coger los caballos indefensos; con tantas raterías, que no las hará ningún racional con más advertencia. Y si logran desarmar a su contrario, no tienen cesación en darles cornadas, hasta rendirles el cansancio; contrario proceder de los de Castilla».

Observad el asombro del viejo, experto y vapuleado picador ante la astucia y la marrullería de nuestros toros (cuyas raterías y artimañas «no las hará ningún racional (!) con más advertencia») lo mismo que ante su bravura, aguante y encarnizamiento («No tienen cesación en dar cornadas»).

Pues todavía añade el pintoresco Daza un detalle conmovedor sobre los toros de la canal del Ebro, y es su espíritu de hermandad y de defensa mútua ante los toros de otras regiones, corpulentos y bien armados. Oigámosle:

«Tienen otra rareza, bien digna de notarse. Previenen en la dehesa destinada para los que han de correrse en la plaza de Madrid, porciones de toros de diversas provincias (cuando lo observé había sólo de ellos y de los grandes de Castilla); témanse de quimera uno de cada parte, que si el de Castilla abriera la boca, sin mucha violencia se tragase al de Navarra; y tan antes como llegaban a la lucha, ya tenía el castellano

sobre sí salteando a cornadas a todos los toros de Navarra, sin que ninguno de Castilla le previniese defensa a su paisano».

Quiere decir que cuando los toros navarros veían que un compañero suyo se liaba a reñir con un torazo de otra región, caían todos como rayos y como avispas sobre éste, obligándole a abandonar el campo.

Las precedentes observaciones, unidas a los datos que poseemos acerca de los toros de Navarra en el siglo de Pepe-Hillo, Costillares y Pedro Romero, nos hacen suponer que los toros de nuestra tierra eran de aquellos que los picadores de entonces llamaban duros y pegajosos, y los toreros calificaban de revoltosos y *feroces*, apelativos que han pasado al vocabulario taurino y conservan vigencia actualmente.

Pepe-Hillo, al describir en su célebre «Tauromaquia» de finales de siglo XVIII las diferentes clases de toros, dice que revofosos son «los que ES revuelven con rapidez, sosteniéndose con firmeza sobre las piernas, y a los que hay que levantar el engaño para que rematen fuera y den así más lugar para recibirlos después». «Estos bichos —añade Pepe-Hillo— son los que más divierten, los que llenan el gusto y satisfacción de los espectadores; pero son los más espuestos para los lidiadores inexpertos».

Más adelante califica de *toro feroz* «al que es muy violento y revoltoso, y al mismo tiempo sanguinolento (sanguinario) y devorador de todo objeto que coje, en que se ceba extraordinariamente».

De este mismo tiempo es el célebre tratadista taurino D. Josef de la Tixera (a quien muchos atribuyen la paternidad de la «Tauromaquia» de Pepe-Hillo) y nte escritor nos viene a confirmar que los toros navarros eran de escasa alzada y de mucha bravura; bichos revoltosos y que; por esto mismo; se prestaban al lucimiento de los diestros. cuando el arte de torear, por el contrario que en nuestros días, era un arte de muchas piernas, mucha vista... y mucha distancia.

En efecto; el señor de la Tixera, caballero opulento, amigo íntimo de Pedro Romero y de Pepe-Hillo, y que, no obstante su apellido de sastre, sabía mucho de tauromaquia, al hablar en su manuscrito «Las fiestas de toros» (1802) de los diestros más célebres de su época, cita en primer lugar al Licenciado de Falces, y en tercero a D.Babil Locén, estudiante de cura, natural de Pamplona, y dice de éste que «tubo mucha opinión de diestro... en especial con los toros navarros, que son los más proporcionados al efecto, tanto por la mayor sencillez con que embistan a los engaños y suertes, como por dominarse al intento por su pequeñez, la que, igualmente que lo corto de sus astas, contribuye a mirarlos con menos respeto; y de ahí es que aún en el día notamos que varios toreros; de los pocos que hay en dichos Pueblos y los circunvecinos, o pierden mucha parte de su mérito cuando lidian: toros de otras Próvincias, o se escusan de verificarlo».

Pero pasemos al siglo último. Es dentro de él cuando las ganaderías navarras se multiplican, y ofrecen a la fiesta nacional el tipo puro de foro bravo que ha de hacerse famoso, sobre todo a mitades de la centuria. (12)

Hasta fines del siglo XVIII no puede hablarse en Navarra de ganaderías *bravas* propiamente tales, excepción hecha de la de Guendulain. Todas las anteriores eran *vacadas* de reses de lidia, sin un tipo uniforme, sin sistema de selección, sin verdadera explotación del negocio de criar toros para atender a las necesidades de la fiesta y a las exigencias del toreo. (13)

Guendulain puede ya considerarse como el primer ganadero de Navarra y el más importante de los ganaderos de España en su tiempo, no sólo por el considerable número de reses que logró reunir (llegó a poseer ¡setecientas! vacas de vientre, y en 1805 disponía de «ciento treinta toros, la mayoría de ellos de cinco años cumplidos») (14) sino por el cuidado y selección de las mismas en una época en que los ganaderos pecaban de descuido y desaprensión, vendiendo como lidiabiles bichos sin casta ni bravura y, lo que es peor, que habían sido toreados o corridos anteriormente.

(12) En un libro de 1821, titulado «Condiciones y semblanzas de los Diputados a Cortes para la legislación de 1820 y 1821», su autor, González Azaola, alude a nuestros toros al hacer la semblanza del diputado por Navarra D. Alejandro Dolarea y Nieva, natural de Pamplona.

«Hay navarritos finos y duros de mollera —escribe González Azaola—. Este (Dolarea) tiene viveza, presteza y su corazoncito tan firme como los toros de su tierra. Discurre con sutileza, piensa a lo añejo y habla precipitado. Es medianito, seco y colorado».

(Del libro de José María Azcona. «Clara-Rosa. masón y vizcaíno»).

(13) Las panaderías bravas anteriores al siglo XVIII —dice el cronista taurino «Relance»— no deben considerarse tales en ninguna región, pues carecían de sangre, tipo y coraje; llegaba hasta no saberse de quién eran muchas reses, y éstas se meclaban a su antojo, incluso con mansas, descuidándose, así, la casta y también el exterior y la pujanza. Además, mal alimentadas, eran lidiadas flacas y bastas de pelo, Es decir: anarquía y falta de bravura y trapío. Por eso —añade— aunque en los archivos y en los libros existen referencias de ganaderías antiquísimas, figurando codo primeras las de Navarra, taurinamente, en cuanto al arte y la fiesta tras media docena de vacadas castellanas, se colora a la de Lecumberri, de Murillo de las Limas».

(14) Así consta, por declaración del propio D. Francisco-Javier de Guendulain (hijo) en carta que dirige al Secretario de la Ciudad de Pamplona, carta que he visto y que se conservo en el Archivo Municipal de esta capital («Diversiones Públicas-Toros»; año 1805; legajo 7, carpeta n.º 31).

Dice así la epístola:

«Tudela Abril 18-1805. Muy Sr. mio y dueño: aproximandose el tiempo en oue esa Ciudad acostumvra acer elección del Ganado para las funciones de San Fermín, y aviendo Oído que sin emvargo de la Cédula Real que las prohíve piensa tener dos corridas en el Julio próximo, no escusso acudir a la proteccion e influjo de v. m.

En los años anteriores desempeñaron con el lucimiento que v. m. save los (toros) que envio my difunto Padre y en el presente tengo la vella proporcion de allarme con 130 toros de 5 años cumplidos la maior parte que no tienen comparacion, desde luego si v. m. tiene la bondad de acer empeño, puede

«Pepe-Hillo» fué víctima de uno de estos marrajos. El 11 de mayo de 1801, en Madrid, un toro de José-Joaquín Rodríguez, de Peñaranda de Bracamonte, que, como todos los de aquella corrida, era ilidiable por estar «*toreado*», quitó la vida al celeberrimo lidiador. La cogida fué horrenda, espeluznante. Cuando Josef Delgado (a) Hillo entró a matar al toro séptimo, éste «le enganchó con el pitón derecho por el cañón izquierdo de los calzones»; le tiró al suelo, y estando en él, inmóvil y boca arriba, «le ensartó con el cuerno izquierdo por la boca del estómago, le suspendió en el aire, y, campaneándole en distintas posiciones, le tuvo ¡más de un minuto! destrozándole en menudas partes cuanto contiene la cavidad del vientre y pecho (a más de diez costillas fracturadas) hasta que le soltó en tierra inmóvil y con sólo algunos espíritus de vida... la que perdió enteramente en poco más de un cuarto de hora».

Cuando el toro le hundió el asta en el epigastrio, «le vimos forcejeando sobre los brazos, apoyadas las manos al pitón que le tenía atravesado, para desprenderse de él, hasta que ya quedó con la cabeza y demás miembros descoyuntados, caídos y hechos un objeto de la más insignificable compasión».

De esta forma patética y realista describe la cogida, a los dos días del suceso, el amigo íntimo del diestro, el va citado tratadista D. Josef de la Tixera, en una carta donde trata de poner remedio a desgracias como la que acababa de presenciar.

Pues bien: en esta carta dice Tixera crue lo primero que hay que prohibir en todo el Reino es que «los criadores o dueños de toros que se hayan corrido dentro o fuera de poblado desde que nacen, puedan venderlos para lidiarlos en las plazas, a imitación de lo que, con notorio crédito de sus vacadas y aumento de sus interesantes, ejecutan los señores Gijón, Bello, Guendulain» y seis más cuyos nombres cita.

Dicho lo cual en honor de la ganadería da Guendulain, creadora de la mejor casta taurina de Navarra (y de España, según muchos autores), pasemos a ocuparnos de ejemplares famosos.

Si hojeáis alguna vez «La Tauromaquia» llamada de Guerrita, «El Toreo» de Sánchez Neira, la «Historia del Toreo» de García de Bedoya, cantidad y calidad de los toros navarros que han pasado a la historia.

proponer a esos Sres. se les presentare todos para que sus comisionados agan eleccion y si gustan se provaran uro por uno... en la inteligencia de que assi con toros como con novillos nadie les puede servir mejor... Sr D. Juaquin Lopez».

Fué el año en que Godoy prohibió las corridas de toros de muerte en todos los Reinos de España, incluso en la Corte. Pamplona, tras no pocos trabajos, consiguió el real permiso para celebrar con una «novillada» la colocación de San Fermín en su nueva capilla

En varias ocasiones logró Pamplona que se la exceptuase de las prohibiciones regias relativas a corridas de toros. Así había ocurrido en los años 1754 y 1757, y así ocurrió también en 1816.

Yo me tomé el trabajo de recoger, seleccionar y ordenar todos los datos que relativos a ellos vi en las citadas obras y en la magnífica de Cossío, donde aparecen mencionados 1427 toros notables.

Excluí de mi selección a aquellos bichos que sólo son famosos porque algún célebre diestro los mató el día de su alternativa o de su retirada, y anoté, en cambio, todos los que, por su bravura en el primer tercio de la lidia, constitúan ejemplares insignes de su especie.

Entre paréntesis diré que en los citados libros figura, como caso curioso, el del toro navarro «Almirante» (no cita nadie la ganadería). Este toro, lidiado en la Plaza Mayor de Pasajes el día de la Virgen de Agosto de 1858, en un descuido, penetró en la Casa Ayuntamiento y subió, nada menos que al cuarto piso, a cuyo balcón, se asomó. Como no hubo forma de hacerle bajar, tuvieron que matarlo a tiros. (15)

De la ganadería de Zalduendo, «la más brava de España», según «Relance», se menciona a «Sillero», el cual, en Barcelona y el día 18 de septiembre de 1851, después de haber dado muerte en los corrales al toro que iba a correrse en séptimo lugar, hizo una buena pelea y tomó con gran bravura 28 varas. Otro de los citados con encomio es el toro «Ligero», lidiado en Pamplona el 8 de julio de 1858. Este animal, retinto oscuro y bien armado, tomó muchas varas, matando 8 caballos, y fué tal su bravura y nobleza que, a petición del público, se le perdonó la vida. Curó de sus heridas, y, después de haber estado padreado tres años, fué sacado a la plaza de Barcelona, resultando muy bravo, no obstante haber perdido mucho de su poder.

Cossío cita a «Ligero» con estos mismos datos; pero cita también a «Chocolatero» de la misma ganadería, que «en Pamplona el 7 de julio del mismo año 1858 tomó 22 varas, mató 10 caballos, y el público pidió que se le perdonase la vida, entrando indultado en los corrales». He tratado de comprobar este dato (porque me parecía mucha coincidencia que en dos días seguidos se hubiese indultado de la muerte a dos toros

(15) En materia de toros aficionados a subirse a los pisos cabría citar aquí, como dignos hermanos de este «Almirante» de la canal del Ebro, el caso del «Toro Arrula», un cabestro muy célebre en Tafalla, así llamado porque hirió gravemente a su castrador «Arrula». Este manso, fiero y corneador, en las fiestas tafallesas del año 1860 se metió en una casa, penetró en la cocina y, después de hacer trizas una tinaja y obligar a la dueña del piso a meterse bajo una cama, costó Dios y ayuda bajarlo. José M.^a Azcona le dedicó un artículo, donde añadía (ya por su cuenta) que el toro Arrula se asomó al balcón y predicó la rebeldía al pueblo.

Otro toro, tan popular en Corella como lo fué en Tafalla el toro Arrula, era el «toro Pocho» que llegó a ser una institución. Lo corrían, ensogado, por las calles, y un año lo subieron a los salones del Casino.

También cabría citar el caso de un cabestro que en las fiestas de Ablitas de 1932 penetró en una casa, sembró el pavor entre sus ocupantes, subió al segundo piso, se asomó a una ventana por la que acababa de descolgarse un mozo, y viendo que las manos de éste permanecían aferradas al alféizar, tuvo un gesto indulgente y se las lamió.

de la misma vacada) pero no me ha sido posible, porque en el Archivo Municipal de Pamplona apenas existen datos de las corridas celebradas en dicho año. (16)

De la ganadería de Pérez de Laborda sobresalieron «Saltador», lidiado en Barcelona el 12 de septiembre de 1851. Aguantó con bravura gran número de puyazos y dejó para el arrastre 7 caballos; «Nevao», lidiado en Huesca el 10 de agosto de 1862, «hizo una buena pelea en varas, banderillas y muerte, a la que llegó en excelentes condiciones, a pesar de las 20 veces que los picadores le hicieron sangre. Dejó 6 caballos para el arrastre». En esta misma corrida se lidió «Caimán» que, como luego repetiré, dió muerte al picador Juan Martín el *Pelón* (hijo).

La «Tauromaquia» de Guerrita alude incidentalmente a otro toro bravo de esta ganadería. Al hablar de la célebre de Miura, dice que en 1879 D. Antonio Miura «cruzó muchas de sus vacas con un semental de la de la señora viuda de Pérez Laborda, que poseía y le vendió don Manuel del Val, y que en la tarde del día 5 de octubre del mismo año se había corrido en la plaza de Córdoba, perdonándosele la vida por su excesiva bravura».

Esta ganadería tudelana que aparece hacia 1814, y que cruzó sus reses con la de Lizaso, dió particular renombre al ganado de nuestra región.

(16) Debe de tratarse de un mismo toro de Zalduendo (llámese «**Ligero**» o «**Chocolatero**») lidiado en una de las citadas fechas. El crítico taurino pamplonés D. Galo M.^a Mangado, a quien más adelante volveré a citar, me ha confirmado acerca de este toro una versión, que él oyó referir a su padre, y que coincide con la que hace bastantes años me había dado un aficionado donostiarra.

Según ambas versiones, el Zalduendo, una vez indultado, quedó en medio del ruedo. El mayoral de la ganadería le llamó desde la barrera y acudió, dócil, a sus voces, como si se tratase de un perrillo. El mayoral le dió de comer a la boca y, mostrándole un pedazo de pan (o un puñado de alfalfa según otros), consiguió llevarlo por el hilo de las tablas hasta los corrales, desde donde lo bajaron al foso de la muralla que, como se sabe, estaba muy próximo a la antigua plaza de toros pamplonesa.

Según el mismo Sr. Mangado, la cabeza de este toro es la que hoy se conserva en la Sala de Historia Natural del Instituto pamplonés de Enseñanza Media «Ximénez de Rada».

Los únicos datos que he podido encontrar en el Archivo Municipal acerca de las corridas celebradas en 1858 son los de que en dicho año no pudieron venir a Pamplona los toros de la Sra. Viuda de Mazpule y del Excmo. Sr. Marqués de Casa Gaviría que se habían contratado, por padecer «enfermedad epidémica de la pezuña», y se sustituyeron con toros del país. Que se lidiaron 27 toros, y que en las cuatro corridas y prueba celebradas fueron muertos los caballos siguientes: En la primera corrida, 24; en la segunda, 12; en la tercera y la prueba, 11; y en la cuarta, 21.

Buscando datos en los años anterior y siguiente, ví un programa impreso de las corridas de San Fermín del año 1857, una de cuyas instrucciones finales parece aludir a los «niños de teta de diez años». Dice así:

«Los niños de teta no pagarán entrada y hasta la edad de diez años inclusive solo pagarán dos reales por corrida y uno por la prueba».

«Estas reses —dice el historiador taurino García de Bedoya en 1850— son las mejores de todas las castas conocidas hoy en aquel país: bravura, dureza, juego, ligereza y todas las demás dotes que constituyen el verdadero mérito de un ganado, todas las poseen estos toros, y además la particular de vérselos llorar cuando se consienten muertos de la estocada y no pueden coger al lidiador».

Y añade: «Ciertamente que esto (las lágrimas de rabia) acredita su bravura; pero no es ésta la única prueba que dan de sus bríos; en los momentos de expirar no buscan, como otros, terrenos para echarse; al contrario, se engarrotan, digámoslo así, y en pie exhalan el último aliento».

«Es todo cuanto se puede decir —termina Bedoya— en honor de la primer ganadería de España, cuyo título no creemos se lo dispute nadie, tratándose de toros puramente bravos».

Lo del llorar y lo de «engarrotarse» los Laborda y Lizaso tudelanos ha pasado a la historia taurina como la muestra más insigne de fiereza, bravura, y de lo que pudiéramos llamar «pundonor profesional» de un toro bravo.

Años después, la «Tauromaquia» de Guerrita, tras de copiar parte de las apreciaciones antecedentes, comentará:

«Algunos aficionados que habían oído decir lo propio y otros que leyeron lo que escribiera el Sr. Sánchez Bedoya (es García, no Sánchez) procuraron en más de una ocasión corroborarlo, y se convencieron, por el relato de algunos diestros, o lo que pudieron apreciar de sus asientos por medio de los gemelos, que no eran cuentos los que unos y otros afirmaban.

Y tal oyeron decir también como corroboración a algunos de los mayores de la ganadería, de toros que habían sido muy mal heridos por otros de la casta.

Todo ello, pues —termina Guerrita—, viene a justificar el merecido crédito que tienen los toros de esta ganadería, por su mucha bravura, desde hace muchos años».

De la ganadería de Lizaso se cita a «Generoso» que, lidiado en Cartagena el 6 de agosto de 1876, en cuarto lugar, tomó ¡25 puyazos! siendo estoqueado por Frascuelo; y a «Zafranero», de D. Pedro Lizaso. lidiado en Pamplona el 8 de julio de 1880. Tomó 8 varas, dió 5 caídas y mató 2 caballos, siendo también estoqueado por Frascuelo que, al entrar a matar, fué enganchado y herido en el antebrazo.

De la ganadería de Díaz (D. Raimundo y D. Jorge), a cuyos toros llama. Guerrita los miuras, de Navarra, se citan varios ejemplares: «Zamarro» de D. Raimundo Díaz, que en Pamplona y en los Sanfermines de 1868 tomó gran número de varas, mató 9 caballos y mandó tres picadores a la enfermería, logrando el premio concedido al mejor toro de

la feria; «Cabrero» de D. Jorge Díaz, que en la plaza de Soria al 3 de octubre de 1881 tomó, sin volver la cara, 22 puyas, propinó 10 fuertes caídas a los picadores, mató 7 caballos, y mandó a la enfermería al picador Román de la Rosa; «Lazarillo», lidiado en Tudela el 17 de julio de 1891, que aguantó 11 varas, dando seis rumbos y dejando 6 caballos para el arrastre; y «Sandino». uno de los mejores toros lidiados en Pamplona; fué toreado el 9 de julio de 1891; se llegó 10 veces a los picadores, tumbándoles en ocho, y matando cinco cabalgaduras.

Pero la ganadería que más toros ha dado a la historia y más jamelgos sacrificó es la de D. Nazario Carriquiri, divisa roja y verde, cuyos bichos pastaban en Murillo de las Limas, junto al Camino Real. (17)

Los Carriquiris, antes Guendulain y luego Espoz y Mina, dieron la máxima celebridad al ganado de nuestra tierra en la segunda mitad del siglo último.

Según el «Consultor Taurino» de Becerra y Neira, esta renombrada ganadería «fué durante muchos años el terror de la gente de coleta; algo así como ahora ocurre con los toros de Miura, pues aunque aquéllos eran pequeños de cuerpo y al parecer de escasas facultades, las tenían con exceso, demostrándolas muy particularmente en el primer tercio de la lidia, en el que se arrancaban a los caballos con tal ímpetu, que proporcionaban a los picadores peligrosísimos batacazos, no dándoles apenas tiempo para armar el palo y aprestarse a sus furiosas acometidas. Esta condición estimable e innata en los toros de Carriquiri; su propensión a derrotar muy alto y su característica de saltar con frecuencia a los callejones, no como síntoma de mansedumbre, sino como resultante de su nerviosidad y ligereza, fueron, ya hemos dicho, motivos sobrados para que adquirieran la fama universal que justamente merecieron».

El célebre escritor taurino Pascual Millán. en su libro «Caireles de Oro» publicado en 1899, dedica cuatro capítulos a la feria de toros de Pamplona, y hablando de los Carriquiris, escribe lo siguiente:

«Durante mucho tiempo, sólo se lidiaron en Pamplona los toros de Navarra. Las ganaderías de Carriquiri, Díaz, Lizaso, Zaldueño, hacían el gasto y quedaban como buenas, especialmente la primera.

Todavía no ha olvidado Lagartijo una corrida (de Carriquiri) jugada hace algunos años en aquella plaza.

(17) Don Nazario Carriquiri, hijo de un calderero francés que se estableció en Pamplona, llegó a hacerse con una gran fortuna, y tenía en Madrid una importante casa de banca. Casó con una tafallesa, de apellido Moso, emparentada con el Conde de Espoz y Mina. Fué varias veces diputado a Cortes por Tafalla. Era amigo del Marqués de Salamanca, y ambos del Duque de Riánsares, con quien hicieron negocios fabulosos. Carriquiri se quedó, entre otras, con la contrata para la construcción del muelle del Grao en Valencia, a donde fueron a trabajar muchos obreros tafalenses.

De Carriquiri era la actual casa de los Baleztena en Pamplona, bello ejemplar de edificio romántico.

Los toros salieron pagando y se apoderaron de las cuadrillas. Rafael rodó por la arena en un quite; su hermano Juan, ese peón incomparable capaz de rendir él sólo a toda una vacada, fué por los aires; de nada le sirvieron sus piernas, su vista, su inteligencia y su capote. No tenían aplicación con aquellos bichos que se movían en un palmo de terreno, ágiles como serpientes, veloces como flechas y secos como el pergamino. Uno de ellos alcanzó al banderillero el Barbi cuando saltaba la barrera, y del topetazo lo incrustó materialmente en el tendido como se incrusta una pelota arrojada con fuerza en un montón de barro.

Eran toros de verdadera raza y diríase que comprendiendo su misión la cumplían. Los habían criado para eso, para que demostraran su bravura en aquella plaza, para morir luchando admirados por la gente del país en vez de entregarse oscuramente al brazo de un sucio matarife.

Algunos años después le preguntaban a Lagartijo si recordaba aquella corrida.

—Ya lo creo que malcuerdo —respondió el espada— no vide en jamás toros más duros. Se paesían a los garbanso que nos sortó una ves la patrona, que se los echó el *Ostión* en er morral pa casá liebres.

La fama de aquella corrida hizo que algunos empresarios, entre ellos el de la plaza de Madrid, comprasen toros de Carriquiri.

Pero no hicieron la misma pelea, «no resultaron». Creeríase que les invadió la nostalgia y no pensaban —si es que los toros piensan— más que en su país.

Eso ha sucedido también en otras plazas con el mismo ganado. Seguramente no han nacido para divertir a otros pueblos».

Como caso curioso de ferocidad suicida, los tratadistas taurinos suelen citar el del toro «Asesino» de Carriquiri que, encajonado en 1882 para ser toreado en Madrid, murió dentro del cajón, destrozándose cuernos y manos al verse encerrado.

Otro de los cornúpetas de esta vacada circunstancialmente famoso es «Mainete» (¿no se llamaría «Mainate»?) que peleó en Madrid el 25 de marzo de 1865 contra el elefante «Pizarro», acometiéndole varias veces con valentía.

Este elefante, que ya se había, exhibido anteriormente en las plazas de Valladolid, Logroño, Zaragoza, Pamplona y otras, luchó en Madrid los días 23 y 25 del mes y año citados con cinco toros que sucesivamente le fueron presentando; a saber: «Liebro» de la ganadería de Bañuelos; «Bolerero» de D.^a Gala Ortiz; «Garabato» de Fontecilla; «Mainete» de Carriquiri, y otro toro cunero. De todos ellos, el que mejor pelea hizo fué «Bolerero», que consiguió herir a su rival en la trompa.

Hay un grabado que publica Vindel, donde aparece el elefante «Pizarro» junto a sus cinco enemigos. El dibujante, al retratar a «Mainete», nos ha dejado la mejor estampa de toro navarro que conozco.

Veamos ahora los Carriquiris que más se distinguieron por su pelea

en varas: «Buscavidas», lidiado en una novillada celebrada en Madrid el 25 de febrero de 1883, con sólo el cuerno derecho tomó 11 puyas y mató 6 caballos (Cossío dice 8). Da él se cita un detalle jocoso: el monosabio «Lavativa» le echó su gorra, y «Buscavidas», después de olerla, se la tragó. (Esto de tragar gorras y boinas es muy corriente en el ganado vacuno).

La plaza de Barcelona tuvo la suerte de ver el mayor número de Carrquiris de bandera. En ella se lidiaron el 19 de agosto de 1860 «Martillo», que tomó 20 varas; «Manta al Hombro» que resultó bravísimo y tomó 24 varas, y «Serenio» que aguantó 25. «Lobito», el 24 de junio de 1880 aguantó 21 varas, propinó 13 tumbos y mató 9 caballos. «Borracho», el 23 de julio de 1877 aguantó 22 varas, dió 9 tumbos y mató 8 caballos. «Sargento», el 16 de junio de 1867 tomó 24 varas y mató 10 caballos; «Famoso», el 30 de mayo de 1878 tomó ¡31 varas! y mató 10 jamelgos. Y, finalmente, «Provinciano». Este toro, lidiado el 24 de junio de 1880, tomó con gran corage 20 varas, propinó 12 caídas y mató 9 caballos. «Sillas, capotes, cuanto encontraba en el ruedo, todo lo corneaba. Tenía tal poder que, corriendo tras el banderillero Antonio Herrera (a) *Anillo*, tropezó con un caballo muerto, lo enganchó y, corneándole, lo lanzó contra la barrera desde unos diez metros de distancia. Ha sido uno de los mejores toros lidiados en la capital de Cataluña por lo bravo, duro y fuerte».

De los lidiados en la plaza de Tudela, las historias taurinas citan dos ejemplares: «Lancero», que el 3 de septiembre de 1881 tomó 27 varas, dejó muertos 8 caballos en el redondel y 3 tan mal heridos que fueron rematados en los corrales; y «Elefante», colorado, ojo de perdiz, y cornalón, que, el 8 de septiembre de 1883, aguantó ¡31 varas! propinó 12 tumbos y mató 5 jacos.

En la «Historia de las principales ganaderías de España» se dice que «en la plaza de Tudela se conserva memoria imperecedera de muchos toros (Carrquiris) de gran bravura, entre otros los llamados *Limón*, *Artillero* y *Malos-Aires*».

Sin embargo, los tratadistas dejan de mencionar un Carrquiri, del que habla Sainz en sus «Apuntes Tudelanos», y que es digno de pasar a la historia. Es el toro (no sabemos su nombre) que se lidió en sexto lugar en la magnífica corrida celebrada en Tudela el 27 de julio de 1888, la mejor de las habidas en dicha plaza, por lo que hace al ganado. Torearen en ella «Lagartijo» y Domingo Mendívil. Todas las reses resultaron bravísimas, pero sobre todo las lidiadas en segundo y sexto lugar. Esta última dejó en el ruedo 9 caballos, muriendo 4 más en la cuadra; y fué tan brava su pelea en varas, que el público, entusiasmado, solicitó y obtuvo su indulto. Sin embargo, el célebre picador Antonio Calderón, que actuó en esta corrida, aseguraba que el segundo toro había superado al sexto, aunque la gente opinase lo contrario.

Ved si no es digno de pasar a la historia el caso excepcional de un toro que mató ¡trece caballos! ¡Habra que ver las puyas que aguantó!

Por cierto que esta insigne corrida es muy probable, casi seguro, que la viese Gayarre, que aquel año marchó a las fiestas de Tudela, en

cuyo coliseo debutó como zarzuelista, oculto bajo el seudónimo de «Tenor Sandoval».

Fué el año en que la plaza tudelana cambió de sitio los toriles y la presidencia, instalando ésta al sol, porque, según los técnicos, muchos toros se estropeaban la vista al salir de lo umbrío del chiquero a la lumbre del redondel. Quienes perdieron con el cambio fueron los Regidores y el Gobernador que ocupaban el palco presidencial. Se achicharraron vivos; porque el termómetro llegó a marcar ¡35 a la sombra!

Finalmente, el ejemplar más notable de toro navarro, el célebre «Llavero», lidiado en fiestas de Zaragoza el 14 de octubre del año 1830. Este toro tomó el increíble número de ¡cincuenta y tres varas! sin volver la cabeza, creciéndose al castigo en forma tal, que el público, puesto en pie, pidió y obtuvo que fuese devuelto a los corrales. Murió al poco tiempo, de resultas de los puyazos recibidos. (18)

Sin embargo, y en honor a la verdad, debo decir que la historia taurina registra un caso similar: el del toro «Centella» de la ganadería de D. José M.^a Torres, que en el año 51 y en la plaza de Cádiz tomó igual número de puyas, matando 9 jacos, por lo que, a petición de los espectadores, se le indultó de la estocada.

«En la misma plaza de Zaragoza —dice la «Historia de las principales ganaderías de España»— fué notable la corrida de Carriquiri del día 21 de octubre de 1855, habiendo entre ellos un toro que tomó 32 varas y dejó sin vida 7 jacos».

«La vacada de Carriquiri —dice el libro «Los toros de bandera» de el Bachiller González de Rivera y Recortes— ha dado antaño y hoy día muchas reses, cuyo número de puyazos recibidos ha sido en los diversos tiempos verdaderamente excepcional, y eso que la raza es de las más pequeñas de España».

Finalmente, de la ganadería de Espoz y Mina, sucesora de la de Carriquiri, Cossío cita a «Llavero», chorreado, claro y ojo de perdiz, que lidiado en Pamplona el 7 de julio de 1900, tomó 7 varas, dió 7 caídas, y mató 7 caballos. Fué estoqueado por Antonio Fuentes.

Y aquí termina la relación de toros célebres, advirtiendo al lector que la histeria sólo consigna el nombre de los toros lidiados en plazas de importancia, omitiendo el de los que, siendo quizá más dignos de recordación, tuvieron la desgracia de ser lidiados en plazas de segunda y tercera categoría, donde no hay cronistas taurinos que se cuiden de inmortalizarlos.

(18) La cabeza de este célebre toro, el **más bravo del mundo**, como diría un yanqui, se conservó en Pamplona, en la central de coches de Lapoya, y actualmente se encuentra en un taller de pintura de la calle García Ximénez.

Veamos ahora los toros navarros que han pasado a la historia por haber dado muerte a un lidiador. He entresacado estos datos de varios libros, principalmente de «Las Víctimas del Toreo» del Bachiller González de Rivera y Recortes, y del ya citado «Toros célebres» de Carralero y Borge, aparte de las obras de Guerrita, Sánchez Neira, Cossío, etc.

«La «Tauromaquia» de Guerrita, el «índice Taurino» y otros libros dicen que un toro navarro de la ganadería de Lizaso, en la corrida con división de plaza celebrada en Madrid el 26 de agosto de 1826, mató al espada sevillano Manuel Parra, y que fué tal la impresión que produjo esta cogida en el ánimo de Fernando VII que asistía a la fiesta, que a consecuencia de ello decidió fundar la Escuela taurina sevillana de la que fueron discípulos Paquiro y Cúchares.

Hay en esto varios errores. La corrida a que aluden es la que tuvo lugar en Madrid, no el 26 de agosto de 1826, sino el 25 de octubre de 1829. Hubo en esta corrida división de plaza y se lidiaron ocho toros: dos de Guendulain, dos de «Lizaso y Pérez de Laborda», dos de D. José Manzanilla, de Puebla de Montalbán (Toledo), y otros dos de dos ganaderías diferentes. Toreó en esta fiesta el matador sevillano Manuel Parra Fernández, el cual, al pasar de muleta al toro «Melenito» de don José Manzanilla, sufrió una aparatosa y grave cogida, de cuyas resultas murió en Sevilla el 20 de noviembre del mismo año.

Lo que sí parece cierto es que esta cogida influyó en la creación de la Escuela de Tauromaquia de Sevilla, fundada por R. O. de 28 de mayo de 1830, y encomendada a Pedro Romero.

Hecha esta aclaración, reseñaré los toros homicidas, comenzando por los que dieron muerte a picadores.

«Caimán», de Pérez de Laborda, mató en Huesca el 10 de agosto de 1862 al picador Juan Martín García (a) el Pelón hijo).

«Manchego», de D. Raimundo Díaz Bermejo (un toro grande, negro mulato y cornalón) mató en Vitoria el 15 de agosto de 1864 al picador Manuel García García.

Un toro de Carriquiri, el primero de los lidiados en Vitoria el 24 de junio de 1857, dió muerte al banderillero Antonio Verdes Rodríguez (a) *Chilailas*.

«Cuartelero», de la misma ganadería (Guerrita dice que se llamaba «Judío»), cogió también en Vitoria, el 4 de agosto de 1837, al banderillero Mateo López Vázquez, que murió el 23 del mismo mes.

«Centinela», de D. Raimundo Díaz, mató en Tarazona de Aragón el 12 de octubre de 1880 al banderillero Rafael Ordura (a) Quico (no Ardura, corro muchos le han llamado).

«Perdigón», de D. Pedro Galo Elorz de Peralta, mató en Vergara (Guipúzcoa) el 25 de julio de 1896 al banderillero Florencio Vicente Casado (a) *Frasculito*.

Un toro de D. Francisco Javier de Guendulain cogió en Valencia, en septiembre de 1786, al matador de toros, natural, de Estella, Jaime-Aramburo Iznaga (a) *el Judío*, quien falleció en Pamplona el 16 de octubre siguiente.

«Portagüelo», de Zalduendo, cogió en Toro (Zamora), el día 12 de octubre de 1859, al espada Pedro Párraga, causándole la muerte tres días después.

Y «Cantiner», de la misma ganadería, cogió en Fitero, el 12 de septiembre de 1899, al matador José Rodríguez Davie (a) *Pepete*, que murió al día siguiente. (19)

El toro navarro tuvo su época de esplendor a mitades del siglo último. Después, su pequeñez, su excesiva bravura y ligereza, la falta de pastos y otras causas, contribuyeron a su decadencia.

«La decadencia del ganado bravo —dice el cronista taurino «Relance»— consistió en que tenía pastos insuficientes, en vender vacas a Francia, en no seleccionar, en la roturación de terrenos y en la consanguinidad.

A medida que aumentó el número de ganaderías, dispuso cada una de menos pastos, y las reses comenzaron a adelgazar, por insuficiencia de alimentación.

Principalmente en invierno, lo pasaban muy mal, y algunos hubo de bastantes defunciones por hambre, sobre todo entre las hembras y el ganado menudo.

Y hasta hubo corridas que fueron, con meses de anticipación al día de su lidia, a las poblaciones respectivas, para, en aquéllos campos, nutrirse, alimentarse, reponerse, huyendo del hambre que asolaba a Navarra por la sequía.

Entonces aún no se usaba la alimentación supletoria de piensos de granos.

También pasaban a Francia vacas de las mejores, mediante propinas é ignorándolo los dueños

(19) En esta corrida, la segunda de las fiestas de Fitero, **Pepete** iba a matar cuatro toros de Zalduendo. Mató los dos primeros, siendo muy aplaudido. El tercer bicho salió con muchos pies en dirección a los picadores, tomando la primera vara de «Cerrajas». *Pepete* entró al quite, lanceando con dos medias verónicas, y al terminar con una larga, el Zalduendo le cortó el terreno, obligándole a saltar la barrera. Saltó el toro tras él, y como el callejón estaba lleno de espectadores, no se pudo revolver el diestro, que fué corneado y lanzado al redondel.

Pepete se puso en pie, pero cayó al momento en brazos de sus compañeros que lo llevaron a la enfermería, donde los médicos le apreciaron una herida de 18 centímetros de profundidad por 6 de anchura en la cara posterior del muslo izquierdo.

Trasladado a casa de un amigo, pasó la noche con horribles dolores y falleció en la tarde del día siguiente.

El sobrenombre de **Pepete** ha sido maléfico para todos sus poseedores. El primer *Pepete* murió el 20 de abril de 1862; el segundo, en Fitero; y el tercero, el 7 de septiembre de 1910. Los tres, al realizar un quite.

La tienta no se haría, o reducirse a poner, en un corral, un pelele o muñeco de trapo, como los espanta-pájaros, llamado *dominguillo*. (20)

Así, se descnccía la bravura de vacas (las madres) y toros (de saca o para lidia), tanto como la de los machitos que iban a padrear.

La roturación de terrenos, disparatada por excesiva, en Navarra hizo que se quitasen ganaderías, que se vendiesen otras a forasteros, y que emigrasen algunas, especialmente a la pcovincia de Logroño».

El anónimo autcr del libro «Datos para escribir la historia de las ganaderías bravas de España» decía en 1876: «Los toros portugueses, salamanquinos y navarros hace tiempo que no se lidian en las plazas principales. Los navarros, aunoue bravos y pegajosos, eran muy pequeñños, y al público le parecían becerros, por más que no lo fuesen».

Por su parte Guerrita dice en su «Tauromaquia» en el año 1893: «Los toros navarros, en los que abunda el pelo colorado melocotón, hacen una buena lidia, son francos y duros con los jinetes, tirando con mucha rapidez en una acometida varios derrotes, y acaban nobles y bravos. En muchas plazas, a pesar de estas condiciones, no gustan por su poca talla, que les hace parecer becerros, siendo toros con la edad requerida».

Y Cossío, en su inmortal obra «Los Toros», recogiendo estas y otras opiniones, resume así su juicio sobre el ganado de nuestra tierra:

«Los toros navarros eran pequeños, pero de mucha sangre y bravura. Su falta de trapío estaba compensada por su temperamento, pero aquélla imposibilitó el que siguiera conservándose la casta en su pureza, pues era rechazada en las plazas por su pequeñez. Los más encariñados con las condiciones singulares de este ganado hubieron de hacer cruza para contrarrestar dichos defectos de talla y trapío».

Quien mejor ha descrito el tipo y cualidades de los toros navarros puros es el ya citado cronista taurino contemporáneo Joaquín Bellsolá «Relance», que dice de ellos:

(20) El erudito taurino D. José Luis de Ybarra publicó en «Diario de Navarra» un artículo, donde alude a esta costumbre de los ganaderos de nuestra provincia de probar la bravura de sus novillos mediante **dominguillos** o muñecos de paja, y cestos de regular altura.

Es costumbre que existía en la Roma imperial y que describe Ch. Dezabry en su libro «Roma en el siglo de Augusto» con estas palabras:

«Se abre la puerta de donde sale un toro furioso. Una vez en medio del circo, al ruido de los gritos de los espectadores, se para. Algunos toreros agitan sus capotes rojos para reanimar su ferocidad y procurar que se arranque a los caballistas, y para decidirlo y animar su bravura, le tiran unos maniqués llenos de paja, representando figuras humanas, y entonces se precipita contra los caballeros».

El mismo Sr. Ybarra dice que «en las ganaderías navarras todavía se usa el palo para traer a mandamiento a los toros» y añade: «¿Cuántas veces tú mismo, lector, no viste al pastor en peligro, al arrancársele el toro en los corrales, tirarle el palo con tal maña que, dándole en los cuernos, paraba al toro en su acometida?».

También comenta la costumbre de nuestros pastores de abrir hoyos en las dehesas, para meterse en ellos cuando no tienen otro medio de defensa contra algún toro desmandado.

«Eran pequeños, feos, colorados, escurridos de atrás, recargados de adelante, carifoscos y de astas cortas, levantadas y blancas. Probablemente todo esto por falta de alimentación y sobra de frío. Pero eran los más bravos, seguro que por las hierbas.

Bravísimos, nerviosos y duros de canillas, se revolvían prodigiosamente, acometiendo con furia a los caballos, y perseguían a los infantas, haciéndoles muchas veces saltar al callejón (muchas veces, saltando tras ellos).

Les oí decir a Lagartijo y a Guerrita que eran temibles por su bravura y ligereza, y que su coraje les hacía cornear terriblemente a los caballos, y morderles y patearles, así como morir muchos de aquellos astados saltándoseles las lágrimas de rabia».

A propósito de las sarracinas que hacían con los caballos los toros de nuestra tierra, resulta interesante lo que cuenta Mariano Sainz en sus «Apuntas Tudelanos», refiriéndose a la corrida celsbrada en Tudela el día de Santiago del año 1841, la última de las que tuvieron lugar en la Plaza, llamada hoy de los Fueros. Los toros eran de Guendulain y de Lizaso, y el matador, «Cúchares». Como aquel año no había facilidades para ver toros, acudieron a Tudela muchos forasteros. Y ocurrió algo curioso. Por esta época se desconocía el oficio de contratista de caballos. El asentista o contratista de la Plaza se proveía de los que juzgaba suficientes con arreglo al cálculo de potencialidad de los bichos; si bien, y para casos imprevistos, contaba con la buena disposición de los gitanos, que solían alinear en la fachada del antiguo Matadero unos cuantos jamelgos de verdadero saldo. Pero ese año los Guendulain y los Lizaso hicieron de las suyas; le mataron al contratista cuantos jacos tenía en la cuadra, y el infeliz, para evitar el conflicto que se le venía encima, no tuvo idea mejor que la de echar mano de los caballos que en las posadas dejaron los asistentes a la fiesta, quienes se hacían lenguas del parecido de los suyos con los que montaban los picadores. «El lío que se armó después fué fenomenal».

Por su parte, el escritor corellano Eugenio Salamero Resa, hablando del ganadero Miguel Poyales en su libro «Estampas de la tierra», refiere una curiosa anécdota ocurrida en el segundo tercio del siglo último, cuando Poyales era empresario de la plaza de toros de San Sebastián-Dice así Salamero:

«Poco después, en San Sebastián, se jugó una corrida suya, en la que los bravísimos toros mataron numerosos caballos, saliendo el público entusiasmado. Cerno anunciase la misma combinación con igual ganado, sin duda algún espíritu caritativo hizo correr la voz de que no disponía de caballos por falta de dinero y por la mortandad habida en la corrida anterior. Ello bastó para que el público se dispusiese a ir a la plaza con ganas de armarla, ya que los toros era seguro matasen no pocos jacos.

Llegó todo a oídos del ganadero-empresario, quien aparentó no hacer el menor caso, y a la hora de dar principio al festejo, el coso presentaba imponente aspecto. No es para descrito el entusiasmo de la

gente cuando, a continuación de los picadores, desfilaron haciendo el paseíllo hasta docena y media de caballos, y cerrando el despeje, un escuadrón del regimiento que por aquel entonces guarnecía la bella Easo.

El éxito pudo compararse con el disgusto que se llevaría seguramente el que inventase —él sabría con qué fin— la especie que hizo llenar las localidades todas de la plaza. ¡No debía conocer a Poyales a fondo!

Por lo demás la corrida fué de las que «no hacen época», si bien el público, conquistado por el alarde hecho en el despeje, se empeñó en divertirse y lo consiguió».

«En Septiembre de 1881 —cuenta «Relance»— comenzó en Navarra una terrible sequía que duró diez meses. Y para remediar en algo el hambre en dos corridas de Carriquiri, lleváronlas, en mayo de 1882, a pacer a los campos vitorianos, húmedos y verdes. Lidiáronse en Victoria y Logroño.

Coincidió don Jorge Díaz en el tren con la cuadrilla de Lagartijo; preguntó por el resultado habido en la capital de Alava, y le contestó el picador Pepe «el Dientes», tercero de los Calderones:

—Caye oté on Jorge. Como lobo de bravo. Sei toro seco como palo nos han tenío en er suelo toa la tarde, y a má nos han matao catorse caballo».

Y añade el cronista taurino donostiarra este dato:

«En la plaza vieja de San Sebastián, la del famoso don José Arana, seis «Carriquiris» mataron 24 caballos, y murieron de seis estocadas dadas por Mazantini y Guerrita «mano a mano».

La observación de Pascual Millán, ya recogida anteriormente, de que los toros de Navarra no daban, fuera de su tierra, el juego que en la suya, la he visto comprobada por más de un escritor de finales del siglo. Y quiero referir acerca de esto una historia curiosa:

En el año 1897, un toro navarro de Espoz y Mina fué fogueado en la plaza de Sevilla. Los navarros lo tomaron a ofensa, y pensaron vengarse en los toros sevillanos que D.^a Celsa Fontfrede, Viuda de Concha y Sierra, iba a enviar para las fiestas de San Fermín.

Doña Celsa, enterada del propósito, mandó a Pamplona los seis mejores toros de que disponía. Se lidiaron el 11 de julio, y dieron tan magnífico resultado, que los vengativos, tuvieron que callarse, y la Comisión de Fomento contrató para el año siguiente otra corrida de la misma ganadería.

Doña Celsa no las tenía todas consigo. «Desde luego —escribía a la Comisión en 9 de abril de 1898— pienso mandarles seis toros que dejen el cartel como ustedes me dicen que lo dejaron sus hermanos del año anterior, y sentiría mucho que así no lo hicieran y Jos navarros *me* dieran *un disgusto*... por más que ya creo que son amigos de esta su affma. y s. s.»

Los temores de la ganadera se confirmaron desgraciadamente. Sus toros, que iban a ser estoqueador por Guerrita, Fuentes y Bombita I, no

llegaron a salir a la plaza, ni siquiera a correr en el encierro. Cuando en la madrugada del 10 de julio los trasladaban desde el Sario al Portal de la Rochapea, unos cuantos vaqueros y mozos, apostados en lugares estratégicos del recorrido, los espantaron. Los toros, seguidos por los cabestros, huyeron al galope y, atravesando el puente de Miluce, se perdieron en dirección a Osquía.

Tras de ímprobos esfuerzos, se logró reunir a cinco de los bichos en las inmediaciones de Loza, pero el sexto de ellos, un toro «colorado, sardo en blanco, cara blanca, bien encornado, de nombre Borrego, y marcado con el n.º 17», se internó en el monte de Osquía y no hubo modo de recogerlo. Anduvo por este monte y por los de la Barranca y la Burunda varios meses, dando sustos, revolcones, cubriendo vacas y campando por sus respetos, hasta el mes de noviembre, en que fué muerto a tiros por la Benemérita. (21)

De lo expuesto hasta ahora deducirá el lector que el toro de Navarra era el tipo, por no decir el arquetipo, del toro bravo, del toro feroz, temible y sanguinario, tan distinto del que hoy priva en los ruedos. De no haber desaparecido por las razones apuntadas, el toro de Navarra hubiera muerto desahuciado por los toreros, ya que sus condiciones de braveza y pegajosidad resultaban incompatibles con el quietismo y el estetismo de la lidia moderna.

Los toros navarreños eran toros *feroces*, que corrían, que brincaban, que corneaban alto, que punteaban, que derribaban, que se revolvián en un metro de tierra, que sembraban el pánico en el ruedo.

Eran toros nerviosos, cuando el nervio (al revés de lo que hoy ocurre) era considerado por el público como el complemento necesario de la bravura; que hacían una pelea salvaje con los caballos, a los que

(21) Luis del Campo, que alude a este episodio en su libro «El encierro de los toros», termina su relato con estas dos anécdotas:

«Uno de los sitios predilectos del toro fué el monte Osquía, del pueblo de Irurzun. La propietaria (q. e. p. d.) Viuda de Dorronsoro se halló al toro pastando tranquilamente con el numeroso rebaño de vacas que en dicho sitio tenía. Al encontrarse una res vacuna extraña, la emprendió a palos con el toro, que, obedeciendo, fué retirándose acosado a varazos y pedradas por la citada señora. Cuando ésta contó que andaba un buey ajeno por Osquía y le aseguraron que se trataba del famoso toro, la entró tal miedo, que en mucho tiempo no hubo modo de hacerla salir de casa.

Aún en los tiempos actuales —añade del Campo— hay rastro de este toro, como puede apreciarse por la siguiente lectura, tomada de un periódico de Pamplona del mes de agosto de 1942: «Comunican de Alsasua que el otro día cuando llevaba de dicho pueblo al monte dos vacas de su propiedad el vecino José Sanz de Maturana, al pasar por la puerta de su convecino Ignacio Plaza que estaba con su hijo Francisco de cinco años, una de aquellas vacas que, por lo visto, llevaba reminiscencias del toro de Concha y Sierra escapado de Pamplona, que anduvo por los montes de Araquil durante el verano de 1898, arremetió contra el pequeño, dándole dos cornadas, una en el muslo y otra en el vientre, con salida del paquete intestinal e ingresando en el Hospital en grave estado».

pateaban y mordían, que perseguían a los lidiadores hasta saltar tras ellos la barrera, que se resistían, a morir como condenados, y morían llorando de coraje.

Hoy a estos toros los llamarían broncos, difíciles, duros, pegajosos; dirían que punteaban, que desarmaban, que no se estaban quietos; en una palabra: que eran incómodos y peligrosos para la lidia actual.

Por eso digo que el toro navarro, rojo, chiquito en general, feo da lámina, carriavacado, corniveleto, almendrado de atrás, duro de remos, ágil, nervioso, rabioso y de poder, era el tipo del toro fiero, es decir, lo contrario de ese torito negro (siempre negro) suave, dócil y noblote que han creado los ganaderos de Salamanca, y que un tratadista taurino de nuestros días (Luis Fernández Salcedo) describe de manera magistral cuando dice que el toro que hoy impera es el toro «recortadito, precioso, con una cuerna muy cómoda, que embiste recto, recto, con la cabeza baja, que deja colocarse, que deja reponerse, que se vuelve discretamente (para que no resulte desairada la «chicuelina»), que carece de nervio y de poder, que no se desengaña, que no tiene auerancias, que se para cuando no se le torea y que es *todo menos* una fiera».

Para final, quiero dar una sucinta relación de las principales ganaderas de Navarra, con sus orígenes y vicisitudes, ya que sobre esto son infinitos los errores en que incurren los tratadistas taurinos.

Comenzaré por la ganadería de

GUENDULAIN

Ignacio Baleztena, que ha investigado en el Archivo Municipal de Pamplona acerca del origen de esta famosa ganadería, dice que hay que buscarlo en la vacada que a fines del siglo XVII poseía Don Joaquín Antonio de Beaumont, Ezcurra y Mexía, Marqués de Santacara.

Los toros de Santacara, que se lidiaron en Pamplona desde el año 1690 hasta 1700, figuraban, desde 1701, a nombre de D. Juan Escudero y Valero, vecino de Corella, capellán del Marqués y Comisario de la Santa Inquisición (22); y pasaron, en 1715, a la propiedad de D. Martín de

(22) Digo que los toros de Santacara figuraban desde dicho año a nombre de su capellán D. Juan Escudero, porque parece que el Marqués seguía siendo el propietario de la ganadería (si no de toda, de parte de ella).

El Cábreo o Libro de Cuentas del Monasterio de Santa Eulalia, también llamado de la Merced, de Pamplona, refiere que en las fiestas celebradas en la capital navarra el año 1707, para solemnizar el nacimiento del Príncipe de Asturias D. Luis de Borbón-Anjou, primogénito de Felipe V, el Marqués de Santacara ofreció al pueblo un espectáculo nunca visto, a saber: el despeño de toros suyos por un patín desde la Plazuela de los Trinitarios, en lo alto de la muralla, hasta el Arga. «Despeñáronse —dice el documento— cinco toros, que ya en el río y ya en los campos, murieron a manos de la afición, y en la plaza se mataron siete».

Pues bien: aparte de estos toros y de cuatro más, corridos el domingo día 4 de septiembre, se lidiaron el día 5 dieciséis toros de D. Juan Escudero de Corella, Comisario de la Santa Inquisición, por los que cobró 1.800 reales (solamente el importe de seis toros a razón de 300 cada uno) dando el precio de los restantes, como limosna, para la capilla de San Fermín.

Virto, vecino también de Corella, quien, ya en 1701, poseía algunas reses bravas.

Su hija D.^a Isabel Virto y Luna casó con el ganadero de Tudela don Antonio de Lecumberri, y hasta 1755 casi todos los años se lidiaron en Pamplona toros de D.^a Isabel Virto, viuda de D. Antonio Lecumberri.

Desde 1755 y hasta 1774 los toros figuraban a nombre de D. Antonio Lecumberri, hijo.

En este último año, D. Antonio Lecumberri Virto vendió la ganadería a Don Francisco Xavier de Guendulain, vecino de Tudela, a cuyo nombre se lidiaron toros por vez primera en Madrid el día 1.º de julio de 1776, con divisa pajiza.

De Don Francisco Xavier de Guendulain pasó la ganadería a su hijo, de igual nombre, y consta, como ya se ha dicho, que en el año 1505 confesaba éste poseer 130 toros, la mayoría de cinco años cumplidos. Dos toros de Guendulain, hijo, se lidiaron en Madrid, en una corrida de ocho, el 1.º de octubre de 1818 (corrida que había sido anunciada para el 28 de septiembre y que Ortiz Cañavate supone celebrada en esta fecha).

A norrbre de D. Juan Guendulain se lidiaron toros de esta ganadería en Madrid el 22 de septiembre de 1828 y el 25 de octubre del año siguiente (23). Y a nombre de D. Tadeo Guendulain el 7 de octubre de 1849.

Para esta fecha (y no puedo precisar desde cuándo) Guendulain estaba en sociedad con D. Nazario Carriquiri, sociedad que quedó disuelta en 1850, cuando éste le compró la ganadería a D. Tadeo.

CARRIQUIRI

Dueño D. Nazario Carriquiri de la ganadería de Guendulain, y en fecha que tampoco me es dado precisar, entró en sociedad con su cuñado el Conde de Espoz y Mina, vecino de Pamplona, aunque los toros seguían figurando a nombre de D. Nazario.

Los primeros Carriquiris aue se corrieron en Pamplona lo fueron en los Sanfermines de 1852, y en Tudela el 26 de julio de 1857.

Carriquiri, para remediar el defecto del pequeño tamaño de sus reses, cruzó sus vacas con sementales da las mejores ganaderías andaluzas, entre ellas la de D. José Picavea de Lesaca (cuyos toros eran oriundos de los de Vistahermosa), «acertando con ello —dice Guerrita— ya que de esta mezcla salieron ejemplares de más alzada, más poder, mejor trapío y la misma legendaria bravura de la casta navarra. As: lo

(23) Sin embargo, en la corrida regia que tuvo lugar en Pamplona el 28 de marzo de 1828, a la que asistió Fernando VII y su esposa María-Josefa Amalia, se lidiaron toros de D. Fausto-Joaquín Zaldueño, de Caparrosa, con divisa encarnada, de **Doña Magdalena Guendulain, de Tudela, con divis** amarilla, y de don Felipe Pérez de Laborda, también de Tudela, con divisa blanca.

estimó el público de Madrid, ante quien se lidiaron por vez primera el 10 de julio de 1864 con divisa encarnada y verde». (24)

La ganadería siguió en sociedad a nombre de «Carriquiri» y de «Carriquiri y Compañía» hasta 1883 en que D. Nazario vendió su parte a su cuñado el Conde de Espoz y Mina D. Juan de Dios Moso Irure.

(24) El competente crítico taurino pamplonés D. Galo María Mangado, a quien dí a leer el presente trabajo, afirma que la cruce de «Carriquiris» con «Lesacas» no dió buen resultado, y añade datos tan interesantes, que me decido a publicar sus notas íntegramente. Dice así:

«He leído con interés el manuscrito de Los toros de Navarra, que me ha parecido completísimo y abundante en citas.

En lo que afecta al ganado de Carriquiri, sería importante que se desvaneciera la versión que aparece en todas las obras taurinas, respecto al historial de la panadería, según la cual se hizo una cruce con sementales andaluces de D. Pedro-José Picabea de Lesaca (Lesaca apellido, porque hay muchos que creen que estos toros tenían su origen en tierras montañosas de Lesaca). La versión es cierta sólo en lo que tuvo de ensayo o prueba, que no dió ningún resultado, porque yo recuerdo que en una información que hice en conversación que tuve con el actual Conde de Espoz y Mina, éste me aseguró que en los primeros años que de ella se hizo cargo su padre, allá por el 83, se trajeron, efectivamente dos «lesaqueños» (como se les llamaba a los sucesores inmediatos de los Vistahermosa, para distinguirlos de los «vazqueños») con el fin de que dieran tipo y prestancia a las reses chicas de la tierra, y el resultado fué que todo lo que se ganó en fachada se perdió en casta, como lo demuestra el hecho —que yo relaté tal como me lo contó el Conde— que habiendo venido la empresa de la plaza de toros de Valencia a escoger una corrida, se quedaron prendados del trapío que presentaban las pocas reses que se sacaron de ese cruce, hasta el punto de que eligieron seis de ellas con la protesta del mayoral de la panadería (Zapatería se llamaba) que aseguraba que aquellos toros no podían ser bravos. Tan insistente era su repulsa que sólo por transigir consintieron aquellos empresarios en llevarse tres y tres de cada linaje; y el resultado fué que a los toros del cruce «lesaqueño» los foguearon, mientras que a los otros tres de la pura sangre navarra, chiquitos, colorados y rabiosillos como guindillas picantes, los ovacionaron en el arrastre. Esto bastó para que Espoz y Mina mandase al matadero a los sementales y a la corta descendencia que tuvieron con una punta pequeña de vacas de la tierra. Y que desapareció por completo aquel linaje lo prueba el hecho de que los toros conservaron (hasta que se los llevaron de aquí en 1908) todas las características raciales, incluso en sus pintas, de las cuales la más oscura era el chorreado y el castaño —no negros— con predominio grande del colorado, ojo de perdiz. Los Espoz y Mina no eran ya tan chiquitos. Eran los de más trapío y peso desde luego de Navarra, y hasta de algunas ganaderías de tipo recortado de Andalucía, como los ibarras, murubes y parlades. Tanto es así que en la corrida regia que envió el Conde a Madrid, para la segunda que se celebó con motivo de la coronación del Rey en 1902, dieron un promedio de 300 kilos en canal. Este tipo y peso lo consiguió Espoz y Mina haciendo selección y llevando los cuatreños por el invierno a un praderío de Ejea de los Caballeros, de donde hasta el borriquillo que llevaban los pastores para su menguada impedimenta, volvían hechos unas furias, como si en vez de comer hierba hubiesen digerido pólvora—como solía decir el mayoral que yo conocí.

Otro dato que sólo por referencia, por habérselo oído a mi padre puedo aportar es el de que el toro al que se le perdonó la vida aquí en Pamplona, el retinto que se cita, es el de la cabeza que se conserva en el Instituto. Como creo que es la de «Llavero», indultado en la de Zaragoza, la que se conserva en

ESPOZ Y MINA

Como se ha dicho, el Conde de Espoz y Mina, que había estado en sociedad con Carriquiri, le compró a éste en el año 1883 y por 200.000 pesetas su parte en la ganadería y con el nombre de «Espoz y Mina (antes Carriquiri)» continuó la vacada hasta que por escritura de 30 de abril de 1908 fué vendida a D. Bernabé Ccbaleda, vecino de Martín de los Ríos (Salamanca), el cual, en agosto siguiente, la trasladó a pie a su dehesa salmantina de Campo Cerrado. Los pelos más corrientes en los toros de esta ganadería eran el castaño y el colorado. (25)

ZALDUENDO

Esta ganadería data de finales del siglo XVIII. La fundó D. Joaquín Zalduendo de Caparroso con reses navarras de su esposa y paisana D.^a Juana Pascual y de Don Tadeo Guendulain, adoptando como divisa los colores amarillo y verde.

Los primeros toros de esta vacada que se lidiaron en Pamplona, lo fueron en el año 1804, a nombre de su fundador. En el año 1800 se habían lidiado 6 novillos del mismo.

Guerrita dice en su «Tauromaquia» que esta ganadería debió de tener su origen por los años 1750 al 60, fundándose para ello en que «por dichos años vivía su primitivo dueño den Joaquín, y en que, lidiándose en una misma corrida toros de cualquiera de las demás castas navarras, entre ellas la de Guendulain, siempre eran los Zalduendos los que rompían plaza, por considerárselos como más antiguos».

Esto no es cierto, porque la ganadería de Zalduendo procedía en parte de la de Guendulain, que es mucho más antigua, como hemos visto. Baleztena, en su folleto «Los toros en Navarra», dice que en la

un taller de pintura al duco que hay en la calle de García Ximénez de un tal Ustárróz, recientemente fallecido.

Total; que de aquel esplendor del ganado bravo de la tierra ya no queda más que el de Zalduendo, desnutrido, degenerado y descastado. Pero de los otros; lo mismo de los «lizados» que compró Lafitte, como de los «carriquiris» que desaparecieron en poder de D. Bernabé Cobaleda, y que no se aclimataron por rebeldía y por añoranzas de su tierra originaria en las de Sevilla y Salamanca a donde fueron a parar, queda el remordimiento de no haberlos sabido conservar, como más de una vez he oído lamentarse a criadores salmantinos, que añoran ahora la sangre viva y fuerte de los toros navarros para refrescar la apagada de los que ahora poseen, que si van bien para el toreo de ahora, llevan camino de amansarse por descastamiento».

(25) El hijo de D. Bernabé, D. Juan Cobaleda, en vista de que los toreros miraban con recelo estas reses y las gentes interesadas en el negocio taurino las rechazaban, decidió cruzar las vacas de Carriquiri con sementales de diferentes castas. La cruce no le dió el resultado apetecido, y en 1924 compró reses al Conde de la Corte, extinguiendo la casta navarra, cuyos últimos ejemplares se lidiaron en 1928. (Datos del libro «Los toros de mi tierra» por «El Tímbalero». Salamanca, 1928).

corrida regia celebrada en Pamplona en el año 1828 se lidiaron toros de Zalduendo, Guendulain y Lizaso. Rompió plaza un toro de Zalduendo con divisa roja (el toro que rompía plaza llevaba siempre esta señal) y protestó el Sr. Guendulain, alegando que a su ganadería le correspondía este honor, por ser la más antigua. Se le dieron toda clase de explicaciones, y a partir de entonces se tuvo muy presente la razón de su protesta.

Al fallecimiento de D. Joaquín y de D.^a Juana, pasó la vacada a su hijo D. Fausto-Joaquín Zalduendo, a cuyo nombre se lidiaron toros de esta ganadería en Madrid, por primera vez, el 14 de julio de 1817 (Cossío dice que en 1813. Tiene que ser errata).

A la muerte de D. Fausto-Joaquín, la heredó su viuda, D.^a María-Eugenia de la Pedriza, a cuyo nombre fueron lidiados toros en la Corte el 7 de octubre de 1849.

Muerta D.^a María-Eugenia, la heredaron sus dos hijos, D. Fausto-Segundo y D. José-Ramón Zalduendo. Cuando el primero de éstos casó en segundas nupcias con D.^a Cecilia Montoya Ortigosa en el año 1867, vendieron ambos hermanos los 79 toros que les quedaban a la plaza de Barcelona, y quedó D. Fausto-Segundo como único dueño de la ganadería. A su muerte pasó ésta (en usufructo) a su viuda D.^a Cecilia, y de esta última, en propiedad, a su hijastro (hijo de D. Fausto-Segundo y de su primera esposa D.^a María Montoya Ortigosa), llamado D. Jacinto, de quien la heredó en 1917 su viuda D.^a María del Carmen Miranda, de Calahorra, la cual designó como representante suyo al ganadero, vecino de Tudela, D. Martín Amigot Sesma.

Los últimos Zalduendos que se lidiaron en Tudela lo fueron el 25 de julio de 1918, con la divisa encarnada y azul adoptada a mitades del siglo último.

Colorados, pequeños, carifoscos, corniblancos y veletos, los Zalduendos constituían el asombro de los públicos y el terror de los lidiadores. «Relance», como ya hemos dicho, considera a esta ganadería como la más brava de España.

El historiador taurino García de Bedoya afirma, en 1850, que «estas reses son las más chicas de Navarra, pero bravas como todas las de aquel país».

Según Guerrita, «en la lidia presentan alguna desigualdad en ocasiones, aunque en lo general son estos toros bravos, nobles y muy ligeros. El pelo más general en ellos es el retinto colorado y royo, y alguno negro».

La ganadería de Zalduendo, que conservó pura la casta navarra, y que desde su origen no salió de la familia del fundador, comenzó a decaer hacia 1885.

«Los Zalduendos —escribe «Relance»— parecían leoncillos: almenrados de atrás, y recargados de delante, tenían rizados cabeza y cuello, y las astas cortitas, blancas y veletas».

LIZASO

A fines del siglo XVIII D. Antonio Lizaso, vecino de Tudela, adquirió un corto número de vacas y algunos sementales procedentes de la vacada de Lecumberri. Formó sociedad con D. Francisco Xavier de Guendulain, la cual quedó disuelta a principios del siglo último.

Hacia 1814, D. Juan Antonio Lizaso se asoció con su cuñado, el también ganadero tudelano D. Felipe Pérez de Laborda. Cruzaron sus reses, y a nombre de ambos se lidiaron toros por vez primera en Pamplona, con divisa blanca, el año 1819.

En 1827, ambos cuñados «tenían proyectado dividir la ganadería», según declaración que consta en el archivo de Pamplona, y, aunque el 24 de septiembre de dicho año (Cossío dice agosto) se estrenaron en Madrid toros «de D. Antonio Lizaso» con divisa escarolada, y al año siguiente se corrieron en Pamplona toros de D. Felipe Pérez de Laborda con divisa blanca, el 25 de octubre de 1829 se corrieron en Madrid toros de «Lizaso y Pérez de Laborda», lo que indica que la sociedad o no llegó a disolverse, o se rehizo.

Cuando se disolvió definitivamente fué en 1830, por muerte de don Juan-Antonio Lizaso, ocurrida el año anterior, y entonces quedaron dueños de su parte la viuda y los dos hijos de éste: Luis y Francisco. A nombre de «Viuda de Lizaso e hijo Luis» se lidiaron toros en Pamplona el año 1832, y a nombre de D. Luis, en Madrid el 1.º de julio de 1839.

Con el título de «Lizaso» y de «Lizaso hermanos» y con divisa roja y verde, siguió la ganadería en poder de la familia (de D. Luis pasó a D. Aniceto y de éste a D. José Lizaso) hasta que en agosto de 1908, poseyéndola D.^a Manuela Lizaso, la vendió al ganadero andaluz D. Julio Lafitte, quien al año siguiente la trasladó a su dehesa de Sevilla, y más tarde la vendió a D.^a Casimira Fernández, viuda de Soler, de Badajoz, en cuyo poder quedó extinguida.

«Los toros de esta ganadería —dice Guerrita— navarros por excelencia, son por regla general de poca alzada, bien puestos de armas, nobles, codiciosos para el hierro y mucho más para el engaño».

PEREZ DE LABORDA

En la segunda década del siglo XIX (según Sáinz hacia 1814) aparecen toros de D. Felipe Pérez de Laborda, vecino de Tudela, quien desde el principio (Guerrita dice equivocadamente que por los años 24 ó 26) entró en sociedad con su cuñado D. Antonio Lizaso, cruzando ambos sus reses.

Como ya he dicho, los toros de la sociedad «Lizaso-Pérez de Laborda» se lidiaron por primera vez en Pamplona el año 1819.

Por muerte de D. Juan Antonio Lizaso la sociedad se disolvió, y a nombre de D. Felipe Pérez de Laborda se lidiaron toros en Madrid

con divisa amarilla y encarnada el 19 de abril de 1830, y en Pamplona al año siguiente. Según datos del archivo pamplonés, D. Felipe Pérez de Laborda se quedó con la parte que en la sociedad tenía Lizaso, cuya viuda e hijo en 1831 decían poseer 20 toros.

De D. Vicente pasó la ganadería a su viuda (en 1851 figura ésta como propietaria y a su nombre fueron lidiados toros en Pamplona) y después, a su hijo D. Vicente, quien en 1873 vendió la parte más importante de la ganadería a D. Joaquín del Val, carnicero de Zaragoza, el cual hizo un cruce con vacas de Carriquiri.

En 1885 pasó la vacada a D.^a Ramona Saez, viuda de Gota y, de ésta a su hijo D. Fernando.

Según Guerrita, «estos toros eran de mucha bravura, de buen trapío, bien encornados, y excesivamente ligeros y rápidos en sus movimientos». En su pelaje predominaban el retinto y el castaño, habiendo algunos albinegros y colorados. Eran cornialtos, de poca alzada en general, y muy finos.

DIAZ

D. Raimundo Díaz y Bermejo, vecino de Peralta, creó su vacada con toros de diversas ganaderías del país y una piara de reses bravas de D.^a María-Concepción Jiménez de Tejada, de Funes, a nombre de la cual y con divisa amarilla y encarnada se lidiaron tres toros por vez primera en Madrid el 1.º de octubre de 1818.

Los toros de D. Raimundo Díaz se estrenaron en Madrid el 3 de septiembre de 1865, con divisa amarilla y blanca.

A la muerte de D. Raimundo, la vacada pasó a su viuda, y de ésta a su hijo D. Jorge Díaz y Solano, el cual, para afinar la casta y mejorar las condiciones de lidia de sus toros, que llegaban difíciles al último tercio, cruzó, hacia 1883, sus vacas con un semental de Miura y otro de Concha y Sierra.

Rafael Guerra «Guerrita» se retiró del toreo matando en Zaragoza, el 15 de octubre de 1899, un toro de esta ganadería, llamado «Limón». (26)

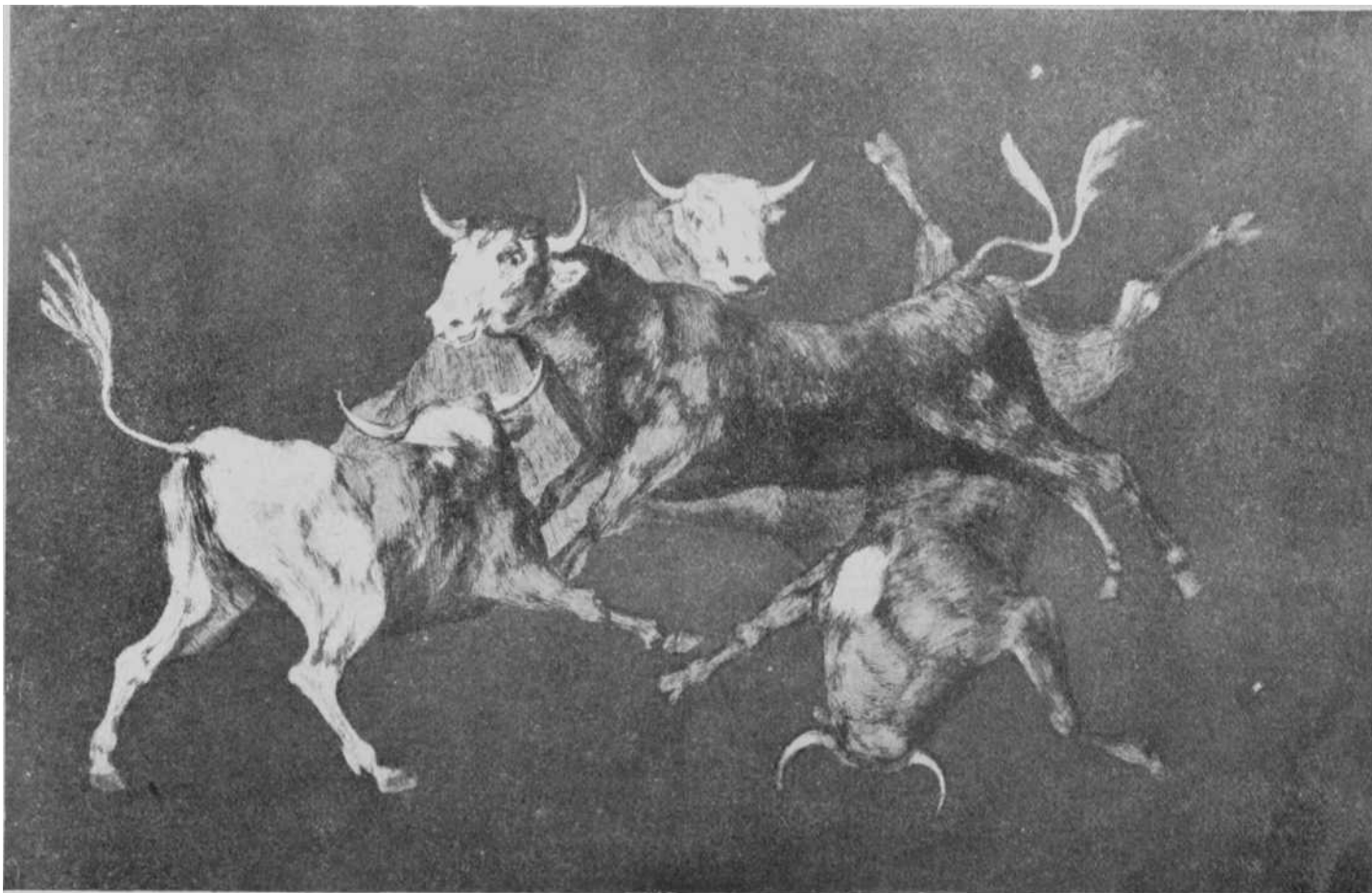
ELORZ Y BERMEJO

En 1825 se lidiaron en Pamplona reses de D. José-Francisco Elorz, vecino de Peralta. Y en 1832, reses de D. José Bermejo, vecino de la misma.

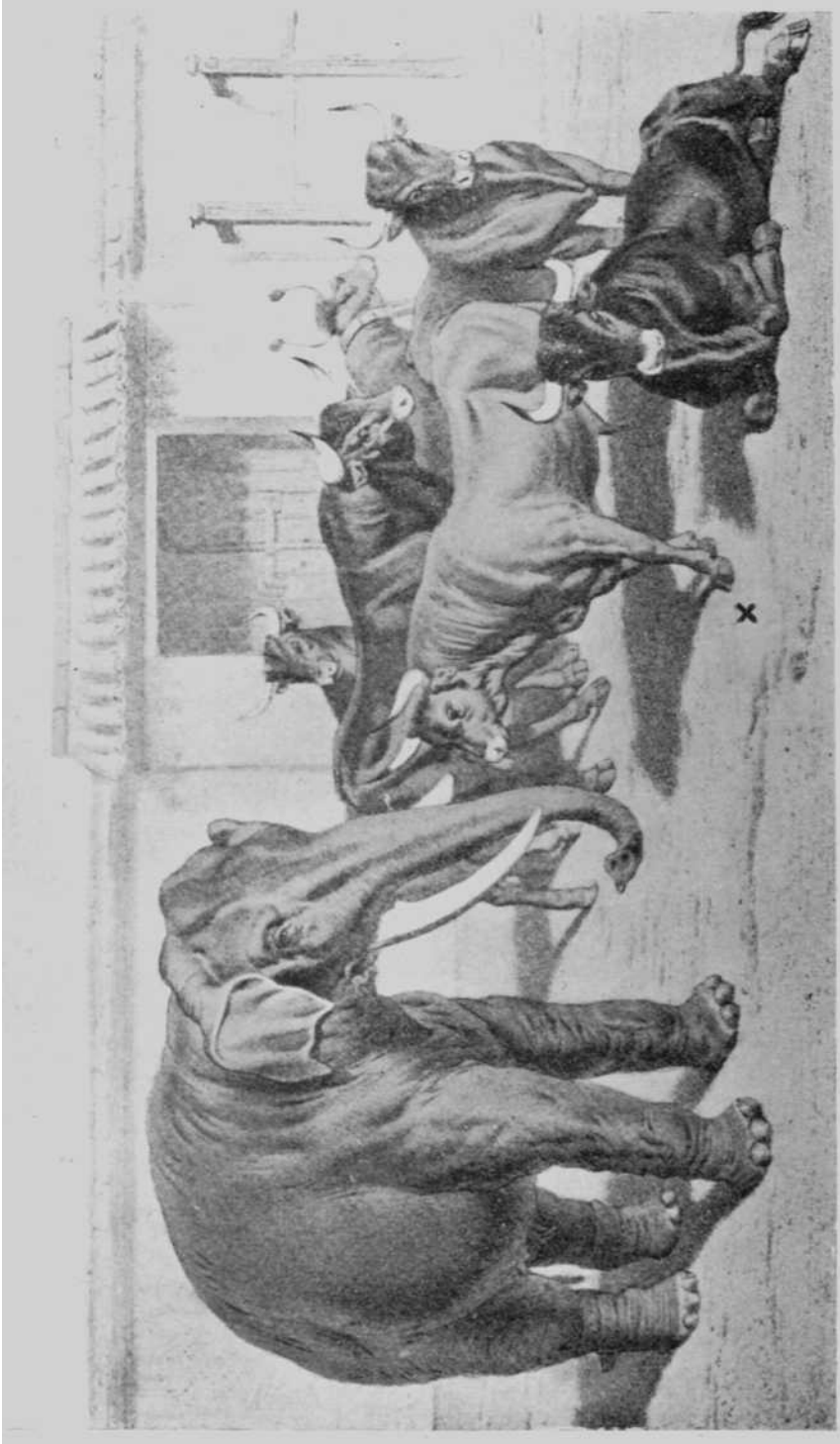
Hacia 1833, D. Pedro-Matías Elorz y D. José Bermejo se asociaron. A nombre de este último y de D. Pablo-Matías Elorz se lidiaron reses

(26) Nada tiene que ver con las ganaderías de D. Raimundo y de D. Jorge Díaz, la de D. Cándido Díaz, primo de este último.

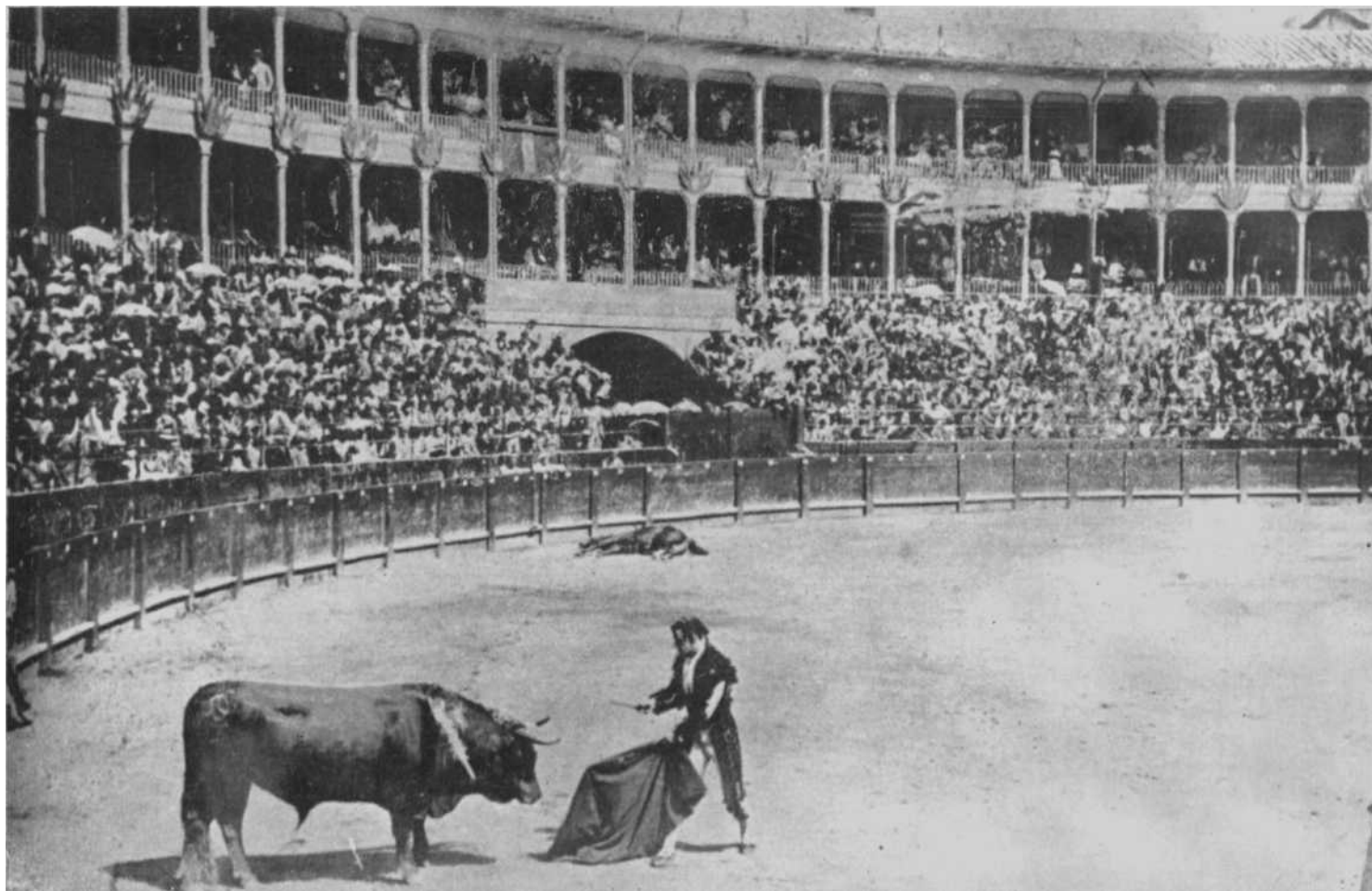
D. Jorge vendió su ganadería a una sociedad de Zaragoza, excepto 50 vacas que adquirió el carnicero tudelano D. Fermín López Vergara.



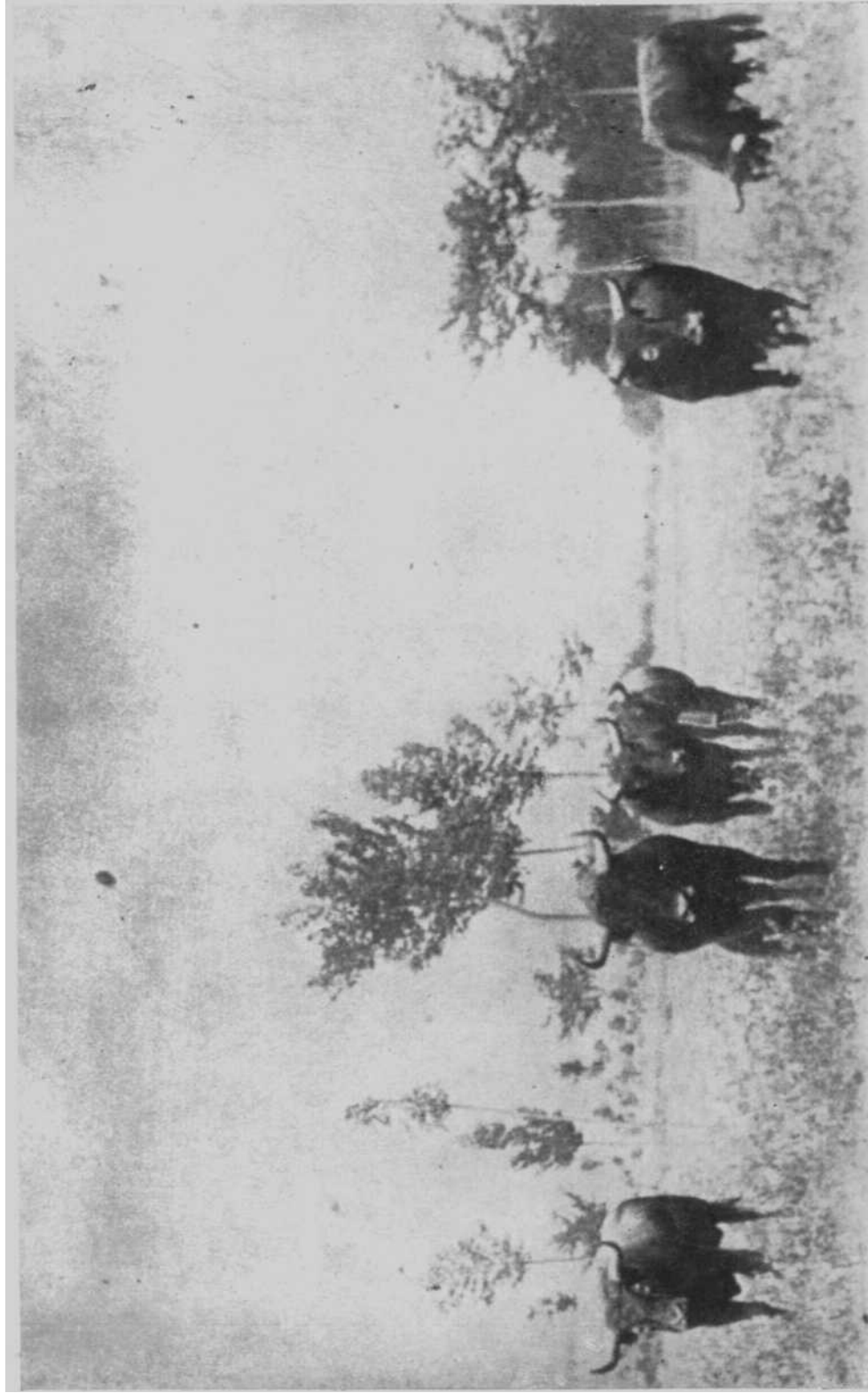
Lluvia de toros. Litografía de Goya. (Del libro «Estampas de Toros» de Pedro Vindel. Madrid, 1931).



El elefante «Pizarro» y los cinco toros que lucharon con él en la plaza de Madrid, los días 23 y 25 de marzo de 1865. El señalado con una cruz es «Mainete», de Carriquiri. (Grabado procedente del libro «Estampas de Toros» de Pedro Vindel. Madrid, 1931).



«Reverte» tratando de apuntillar a la ballestilla a un torazo de Espoz y Mina (antes Carriquiri) en la corrida de prueba celebrada en Pamplona, el 9 de julio de 1897. (Fotografía cedida al autor por el crítico taurino D. Galo María Mangado).



Los últimos toros de Espoz y Mina (antes Carriquiri), que se lidiaron en Pamplona, el día 8 de julio de 1908.
(Fotografía cedida al autor por el crítico taurino D. Galo María Mangado).

de esta ganadería en Madrid el día 9 de septiembre de 1844, con divisa amarilla.

Disuelta la sociedad, quedó como dueño de toda la vacada D. Pablo-Matías Elorz, quien la transmitió a su hijo D. Pedro-Galo.

En 1895, según Sánchez Neira, esta ganadería estaba en vías de disolverse o enajenarse.

El pelo más común de sus reses era el castaño y el colorado encendido.

POYALES Y ALAIZA

A mediados del siglo último, D. Miguel Poyales, vecino de Corella (27), era dueño de una vacada creada con reses de diferentes ganaderías navarras (algunas de ellas procedentes de la de D. Tadeo Guendulain).

Los toros de Poyales se estrenaron en Pamplona el año 1851, y se lidiaron varias veces en Barcelona por los años 1857 al 62, corriéndose por primera vez en Madrid el 24 de septiembre de 1865, con divisa verde.

En 1872, Poyales vendió su vacada al vecino de Alfaro D. Evaristo Echagüe, de quién pasó en 1880 (según Sáinz en 1878) a D. Roque Alaiza, vecino de Tudela, quien la seleccionó y mejoró.

Los primeros Alaizas se lidiaron en Utiel el 15 de septiembre de

(27) A propósito de Poyales dice Eugenio Salamero en su libro «Estampas de mi tierra»:

«Fué D. Miguel Poyales un navarro incansable, de sólida fortuna, gran emprendedor, como lo demuestra el hecho de poseer en sus tiempos un servicio de diligencias desde Bayona a Madrid, otro de galeras aceleradas de Pamplona a la Corte, y numerosos carros de transporte que viajaban por toda la Península.

Edificó la plaza de toros de Corella, capaz para más de 4.000 almas, y sentía verdadera pasión por su ganadería y cuanto con la fiesta taurina se relacionase.

En cierta ocasión, llevó a Bélgica una corrida de seis hermosos toros suyos, con la fundada esperanza de que podría introducir la fiesta en aquella nación. Puede figurarse fácilmente los gastos que en aquella época le ocasionarían, tanto el largo transporte del ganado y caballos, como el traslado de toreros y demás personal para, en fin de cuentas, llegar a la tierra de los flamencos ¡quién lo dijera!— y encontrarse con que no se le permitía dar la corrida. Gestiones, visitas, razonamientos, influencias —era hombre que las tenía numerosas y buenas en todas partes— todo puso en juego Poyales para conseguir su objeto; mas en vano.

Y pasaron varios días (hasta que hubo de desistir) durante los cuales no cesaron los gastos, se desgraciaron algunas reses; y fué en resumen un desastre económico que a otro cualquiera hubiera aplanado y puesto de mal humor.

A él, sólo se le ocurrió abonar cuanto debía, disponer la forma de volver a España y, cuanto le quedaba, cubiertos todos los gastos incluso el viaje de regreso, lo invirtió en un magnífico reloj de oro, de cuya existencia podemos dar fe».

1882, y se estrenaron en Barcelona, con divisa encarnada, verde y blanca, el 19 de mayo de 1887.

Muerto D. Roque en 1905, pasó a sus hijos D. Gregorio y D.^a Sinfioriana (casada con D. Esteban Moneo).

Los últimos Alaizas lidiados en Tudela lo fueron el 25 de julio de 1917, y en Pamplona el 9 de julio de 1929.

Los pelos más abundantes en estas reses eran el colorado encendido y el colorado melocotón. Según Guerrita, eran reses «muy peligrosas».

BERIAIN Y DIAZ (Cándido)

A fines del siglo último aparece la ganadería de D. Camilo Beriain, vecino de Pamplona, cuyas reses pastaban en los sotos de Calahorra.

Beriain vendió la ganadería a D. Cándido Díaz, primo de D. Jorge. D. Cándido, en 1802, adquirió hembras de Villagodio y de D. Clemente Herrero, de Zamora, las que, años después, cruzó con un semental de Guadalest y uno de Murube. En los años 1921 y 1924 renovó su ganadería, adquiriendo vacas y sementales de Santa Coloma y Albaserrada.

Los últimos toros de D. Cándido Díaz que se lidiaron en Pamplona lo fueron el día 9 de julio de 1925.

MELITON CATALAN

D. Melitón Catalán, vecino de Lodosa, formó su ganadería en 1886 con reses de D. Cipriano Ferrer, de Pina de Ebro, cruzadas con un toro de Concha y Sierra. Estas reses pastaban en Lodosa y usaban divisa encarnada y amarilla.

Como final daré una relación de las fechas en que fueron lidiados en la Plaza de Madrid toros de ganaderías navarras. La relación comprende el período 1765-1900, y la he entresacado de las que inserta L. Ortiz Cañavate en su obra «El Toreo Español», rectificando algunos de sus datos y añadiendo otros:

Francisco Javier Guendulain (antes Viuda de Lecumberri), de Tudela	1 julio	1776	
Gabriel Gómez, de Arguedas	22 julio	1782	
Fausto Zalduendo, de Caparroso	14 julio	1817	
Manuel Jiménez, de Cascante	14 sepbre.	1818	
Manuel Jiménez de Tejada, de Funes (y 2 toros de Francisco Javier de Guendulain)	1 octubre	1818	(28)
Concepción Jiménez, de Funes	24 mayo	1819	
Antonio Lizaso, de Tudela	24 sepbre.	1827	(29)
Juan Guendulain, de Tudela	22 sepbre.	1828	
Lizaso y Pérez de Laborda, de Tudela (y 2 toros de Guendulain)	25 octubre	1829	
Felipe Pérez de Laborda, de Tudela	19 abril	1830	
Marquesa de Funes, de Funes	25 octubre	1830	
Vicente Pérez de Laborda, de Tudela ...	17 julio	1837	
Luis Lizaso, de Tudela	1 julio	1839	
José Bermejo y Pablo Matías Elorz, de Peralta	9 sepbre.	1844	
Viuda de D. Felipe Pérez de Laborda, de Tudela	21 agosto	1848	
Tadeo Guendulain, de Tudela	7 octubre	1849	
Viuda de Zalduendo, de Caparroso	7 octubre	1849	
Nazarío Carriquiri	10 julio	1864	
Raimundo Díaz Bermejo, de Funes	3 sepbre.	1865	
Miguel Poyales, de Corella	24 sepbre.	1865	
Conde de Espoz y Mina	18 junio	1885	

En la Plaza de Sevilla, y en el período de 1730 a 1893 a que alcanzan los datos de Ortiz Cañavate, no se lidió ningún toro navarro.

En cambio, en Pamplona (contra lo que se ha escrito y contra lo que mucha gente supone) se lidiaren toros sevillanos de Benjumea el año 1852. (Siete años antes, en 1845, se habían lidiado toros castellanos del Duque de Veragua).

(28) Esta corrida que había sido anunciada para el 28 de septiembre, y que Ortiz Cañavate supone celebrada en esta fecha, tuvo lugar tres días después, el 1.º de octubre.

(29) Cossío dice que tuvo lugar el 24 de agosto de 1827. Debe de ser errata.

BIBLIOGRAFIA

- 1.—Joseph Francisco de Isla. «Descripción de la Máscara o Mojiganga que hicieron los Jóvenes Teólogos en la Ciudad de Salamanca, con motivo de la Canonización de San Luis Gonzaga y San Estanislao de Kostka». Madrid, 1787. Reproducida con el título de «La Mojiganga Teológica» en la «Colección Quevedos. Madrid. Editorial Mundo Latino, 1930. (1)
- 2.—Félix María Samaniego. «El Jardín de Venus». Cuentos burlescos. Biblioteca de López Barbadillo. Madrid, 1921.
- 3.—Premín de Iruña (Ignacio Baleztena). «Los toros en Navarra. Datos para la historia». Pamplona. Imprenta de J. Gurda, 1932.
- 4.—Extrordinario del semanario madrileño «Dígame». Año 8.º. Madrid, 9 de mayo de 1947.
- 5.—Angel Morrás. «Memorias-Escenas de la vida tafallesa». Publicadas y anotadas por José M.^a Azcona. Tafalla, 1932.
- 6.—José María Azcona. «El toro Arrula». Artículo publicado en «La Voz de la Merindad», números 155 y 156. Tafalla, 1932.
- 7.—Joaquín Bellsolá «Relance». «Las ganaderías de Navarra». Artículo publicado en el semanario taurino «La Fiesta Brava», núm. 269. Barcelona, 15 abril 1932.
- 8.—«La Tauromaquia» de D. Leopoldo Vázquez, D. Luis Gandullo y D. Leopoldo López de Súa, bajo la dirección de Rafael Guerra «Guerrita». Madrid, 1896, tomo 1.º.
- 9.—José Sánchez Neira. «El Toreo», tomo 2.º. Madrid, 1879.
- 10.—J. Carralero y G. Borge. «Toros célebres». Santoña, 1908.
- 11.—José María de Cossío. «Los Toros», tomos 1.º, 2.º y 3.º. Madrid. Espasa-Calpe. 1943, 1947 y 1943 respectivamente.
- 12.—Mariano Sáinz. «Apuntes Tudelanos» (artículos «Corridas», «Ganaderías bravas», etc.), tomo 1.º. Tudela, 1913.
- 13.—Vicente de la Fuente. «El Conde de Aranda». Artículo publicado en el «Semanario Pintoresco Español». Año VII, núm. 33 de 14 agosto 1842, página 263.
- 14.—José María Lacarra. «De nuestra historia-Navarra vista por un francés del siglo XVIII». Artículo publicado en «La Voz de Navarra», el 27 de octubre de 1928.
- 15.—R. P. Fray Joachim de la Santísima Trinidad. «Historia de la Ciudad de Tafalla». Pamplona, 1766.
- 16.—Josef Daza. «Precisos manejos y progresos condonados del peculiar más forzoso del arte de la agricultura que es el toreo». Manuscrito del 2.º tercio del siglo XVIII. Publicado con el título de «Arte del toreo». Sevilla, 1902.
- 17.—Lorenzo Ortiz Cañavate. «El Toreo Español». «Folklore y Costumbres de España». Tomo 1.º. Barcelona, 1931.
- 18.—Josef Delgado (vulgo) Hillo. «La Tauromaquia o Arte de Torear». Madrid, 1804.
- 19.—«Diccionario geográfico-histórico de la Real Academia de la Historia. Navarra». Tomo 2.º. Madrid, 1802.
- 20.—Jacinto de Aguilar y Prado. «Escrito histórico de las solemnes fiestas que la Antiquísima y Noble Ciudad de Pamplona, Cabeza del Nobilísimo Reyno de Navarra a hecho en honra y conmemoración del gloriosísimo San Fermín su Patrón, este año de 1628».

(1) En las primeras ediciones de esta obra. vgr. en la de Valladolid de 1746. aparece con el título de «La Juventud Triunfante representada en las Fiestas... etc.» por un ingenio de Salamanca». En la edición de Valencia de 1750 (que he visto) se dice que el autor de la misma es el P. Luis de Losada de la Compañía de Jesús. La de Madrid de 1787 tiene por título «La Mojiganga Teológica» y figura como autor el Padre Isla. En el libro «Ensayo de un Diccionario biográfico cronológico» de Francisco Agramonte (Madrid, 1942) se dice que el Padre Isla «escribió en colaboración con el Padre Losada «La juventud triunfante» para describir en prosa y versa las fiestas de la canonización de San Luis y San Estanislao».

- 21.—Fernando García de Bedoya. «Historia del Toreo y de las principales ganaderías de España por D. F. G. de Bedoya». Madrid, 1850.
- 22.—J. Sánchez Lozano. «Manual de Tauromaquia». Sevilla, 1882.
- 23.—Josef de la Tixera. «Las fiestas de toros». Madrid, 1894.
- 24.—José Yanguas y Miranda. «Diccionario de Antigüedades del Reino de Navarra». Tomo 3.º (artículo «Toros»). Pamplona, 1840.
- 25.—«Datos para escribir la Historia de las Ganaderías Bravas de España, por un aficionado». Madrid, 1876.
- 26.—José María Lacarra. «Memorias estellesas—Una visita a Estella de Felipe II». Trabajo publicado en la revista «Príncipe de Viana», año 8.º, número 28. Pamplona, 1948.
- 27.—Don Ventura (D. Ventura Bagüés). «Efemérides taurinas». Barcelona. Sin fecha (1928).
- 28.—Diego Rodríguez de Cisneros. «Oración Panegyrica que en la Fiesta particular con que los Estudiantes de el Colegio de la Compañía de Jesús de la Ciudad de Pamplona celebraron en la Iglesia de dicho Colegio la Canonización de los Gloriosos San Luis Gonzaga y San Stanislao Kostka... Sácala a luz... en Pamplona Francisco Picart, 1727».
- 29.—Jenaro Alenda y Mira. «Relaciones de Solemnidades y Fiestas Públicas de España». Tomo 1.º, Madrid. Sucesores de Rivadeneyra, 1903.
- 30.—P. Esteban de Alava. «Festivo regocijo... que la Ciudad de Cascante ha hecho a la Elección de Primer Ministro en el señor Don Juan de Austria... por Con Pedro Estevan de Alaba Ribadeneyra, hijo de la Ciudad». Madrid, 1677.
- 31.—José Becerra y José Neira. «El Consultor Taurino». Sevilla, 1910.
- 32.—«Las Víctimas del Toreo» por el Bachiller González de Rivera y Recortes. Madrid, 1907.
- 33.—«Los Toros de Bandera—Comprende los lidiados en las plazas vieja y nueva de Madrid desde 1851 hasta nuestros días» por el Bachiller González de Rivera y Recortes. Madrid, 1910.
- 34.—Pascual Millán. «La Escuela de Tauromaquia de Sevilla y el toreo moderno». Madrid, 1888.
- 35.—«Índice taurino—Recopilación histórico-biográfica desde los tiempos más remotos hasta nuestros días». Madrid. Sin fecha ni autor.
- 36.—«Carta con que un amigo refiere a otro... la muerte del memorable lidiador Josef Delgado, renombrado Hillo... por J. T. (Josef de la Tixera). Madrid, 1801». (Inserta en el libro «Las Fiestas de toros por D. José de la Tixera». Barcelona. Editorial Lux, 1927.
- 37.—José Sánchez de Neira. «Gran Diccionario Taurómico». Madrid, 1896.
- 38.—Ganaderías bravas de España... Datos recogidos y ordenados por la redacción de «El Toreo». Madrid. Sin fecha.
- 39.—Pascual Millán. «Caireles de Oro—Toros e historia». Madrid, 1899.
- 40.—Juan de Echavacoiz. «Ganaderías navarras—¿Fueron los toros de Zalduendo los más bravos de España?». Artículo publicado en la revista «Pregón», Extraordinario de Sanfermines. Pamplona, 1948.
- 41.—«Las ganaderías bravas de Navarra» por Relance: «Diario de Navarra» 27 y 31 de enero de 1932.
- 42.—Premín de Iruña (Ignacio Baleztena). «Iruñerías». Pamplona, 1920.
- 43.—Eugenio Salamero Resa. «Estampas de mi tierra». Patronato de la Biblioteca Olave. Madrid, 1930.
- 44.—José-Esteban Uranga. «Escenas escultóricas de toros en la catedral de Pamplona». Artículo publicado en la revista «Vida Vasca», núm. XXV. Vitoria, 1948.
- 45.—José-Esteban Uranga. «Vestigios del culto al toro en Sos». Trabajo publicado en el «Boletín de la Comisión de Monumentos históricos y artísticos de Navarra», 2.ª época, año 1926, tomo XVII. Pamplona, (págs. 415-421). Citado por Julio Caro Baroja en su libro «Los pueblos del Norte de la Península Ibérica». Madrid, 1943.

- 46.—Juan-Antonio de Mena. «El Laurel del Honor—Alegres demostraciones, con que las Ilustrísimas Comunidades de Tudela, Ciudad, Cabildo y Clero, celebraron el Decreto del Rey N. S. (que Dios guarde) en que declara su Insigne Iglesia Colegial del Real Patronato, finalizando el dilatado litigio con la Mitra de Tarazona». Burgos. Sin fecha (1736).
- 47.—Luis del Campo. «El encierro de los toros». Pamplona. Sin fecha (1943).
- 48.—«Aclamaciones Festivas y alegres demostraciones que hizo la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Pamplona, cabeza del Reino de Navarra, en la entrada de Nuestra Señora Doña Mariana de Neoburg, primera Reina Viuda de España y esposa que fué del Rey Don Carlos II». Pamplona, 1738 (De autor anónimo).
- 49.—Padre Larramendi (jesuíta). «Corografía de Guipúzcoa». Sin fecha (El libro es de mitades del siglo XVIII).
- 50.—Luis Fernández Salcedo. «Tres ensayos sobre relatividad taurina». Madrid, 1948.
- 61.—Julio Enciso. «Memorias de Julián Gayarre». Madrid, 1891.
- 52.—Ignacio Baleztena: «Del viejo Pamplona: Guerras, funerales y corridas (1695 a 1696)». Artículo publicado en la revista «Príncipe de Viana» número XXVI. Pamplona, 1947.
- 53.—Ignacio Baleztena: «Del viejo Pamplona. De las fiestas con que la Ciudad de Pamplona solemnizó el feliz nacimiento dei Serenísimos Príncipe de Asturias Don Luis de Borbón-Anjou». Revista «Príncipe de Viana», número XVII. Pamplona, 1944.
- 54.—José Sánchez Gómez, «El Timbalero». «Los toros de mi tierra». Salamanca, 1913 y 1928.
- 55.—«Don Luis»: «El toro de lidia fué llevado a América por colonizadores y misioneros». Trabajo publicado en la revista «Mundo Hispánico», núm. 10. Madrid, noviembre-diciembre, 1948.
- 56.—José María Azcona: «Clara-Rosa, masón y vizcaíno». Espasa-Calpe. Madrid, 1935.
- 57.—«Historia de las principales ganaderías de toros de España por Dos Aficionados». Jerez. Imprenta del Guadalete. 1876.
- 58.—«Festejos que la M. N. y M. L. Y M. H. Ciudad de Pamplona... ha hecho en obsequio de sus Augustos Soberanos el Sr. D. Fernando III de Navarra y VII de Castilla y la Señora Doña María Josefa Amalia su esposa, por el Lic. D. Javier María Arvizu y Echeverría». Pamplona, 1828.
- 59.—«Vademecum Taurino. Ganaderías bravas. Su antigüedad en la Plaza de Madrid, vecindad del ganadero, colores de las divisas...». Madrid, 1909.
- 60.—Joaquín Bellsolá «Relance»: «Las ganaderías de D. Jorge y D. Cándido Díaz». Artículo en el «Diario de Navarra», de 14 enero 1932.
- 61.—«Las ganaderías bravas de Navarra». Artículo de P. V. (Angel M.^a Pascual Viscor) publicado en el «Diario de Navarra» el 17 de enero de 1932.
- 62.—«Las ganaderías de Navarra». Artículos publicados por «Premín de Iruña» en «El Pensamiento Navarro». 1932.
- 63.—«Correo Erudito—Gaceta de las Letras y de las Artes». Extraordinario dedicado a Navarra. Año IV. Entregas 31-32. Madrid; sin fecha.
- 64.—José Luis Ibarra. «Abolengo taurino de Navarra». Artículo en «Diario de Navarra» del 12 noviembre 1931.
- 65.—Francisco Agramonte Cortijo. «Ensayo de un Diccionario biográfico-cronológico». Editorial Aguilar. Madrid, 1942.
- 66.—Pedro Vindel. «Estampas de toros». Madrid, 1931.
- 67.—Padre Moret. «Papeles varios»; tomo 2.º (Archivo provincial de Navarra).

José M.^a IRIBARREN